

**JOAQUÍN
CAMPS**

**LA
OSCURIDAD
QUE HABITA
EN MÍ**

La oscuridad que habita en mí

Joaquín Camps

—Solo te llamé porque quería decirte que ya empezamos las obras. ¡No reconocerías la casa si la vieras! Los operarios lo tiraron todo...

Dejo que hable. Alejo el teléfono de mi oído mientras esa mujer hiperactiva me narra con detalles que no me interesan cosas que no me importan.

—Oye, mi amor, te quería yo hacer una pregunta.

—Dime, Celia.

—Tengo mucha curiosidad, ¿en casa matabais vosotros las gallinas después de desplumarlas vivas?

Escucho sus risas desgarradas.

—No te entiendo...

—Es broma, no se me enfade. Es que los obreros tiraron ayer todos los muebles de la cocina, ahora está diáfana, vamos a cambiar la distribución. Y debajo del banco corrido de la encimera, cuando arrancaron las cajoneras, los armarios y el rodapié, había un charco enorme de sangre ya seca.

Algo dentro de mí cambia de posición. A una muy rara, muy incómoda.

La realidad es eso que,
cuando dejas de creer en ello,
no desaparece.

PHILIP K. DICK

Abril, 2012

Diez años antes de la desaparición de María

—Good morning, honey bunny.

Me da un suave beso en los labios y con el mando a distancia sube las persianas eléctricas. El sol poco a poco se despereza sobre mi cara, despabilándome.

—Buenos días tenga usted. —Sabe que no quiero hablar en inglés, pero cada mañana, en cuanto nos despertamos, me pone a prueba con una frase cariñosa—. ¿Nunca te cansas de intentarlo? Después de un año juntos, ¿aún no sabes lo cabezota que soy?

Me sonrío. Si es más guapo se rompe. ¡¿Cómo puede despertarse siempre radiante mientras yo parezco el hueso de un melocotón hasta que no me lavo la cara con agua fría?! Acurruco mis párpados legañosos ante tanta belleza. Y aparto la mirada, cegada. Pero mis ojos-pipa se topan a través del ventanal con la fachada de la Casa Batlló: más belleza aún. Menudo subidón de azúcar de buena mañana.

—Cariño, esto sí que es empezar el día con alegría.

Siguiendo la dirección de su sonrisa me observo el pecho: anoche me acosté con una *coulotte* de encaje supersexy y una camiseta de tirantes monísima, la perfecta diosa de mi dios Apolo..., ¡¿y hoy amanezco con una teta fuera?!

Mi yo-diva está indignadísima y, mientras se hace el harakiri, jura y perjura que jamás se volverá a meter en la cama con una camiseta de tirantes. Mi yo-sensato argumenta que esa prenda es comodísima para dormir, aunque siempre acabe saliéndosete un pecho. Mi chico, mientras tanto, a lo suyo: se arrima insinuante, me besa y, poco a poco, va descendiendo hasta llegar a su objetivo.

—Richard, para... para, por favor..., no me apetece, Richard.

Sí, mi novio se llama Richard; ni Rich, ni Richie, ni Rick, ni Ricky, ni Dick, ni Dickie..., él se llama Richard, así, al completo, porque él, si va, va con todo, que para algo nació en el Upper East Side.

—¿No te apetece? Pues por aquí parece que opinan otra cosa...

Y dale que te pego, chupa que te chupa; los hombres y sus juguetitos.

—Mi pezón no toma las decisiones, eso es cosa mía.

—Tú déjame a mí..., él también tiene derecho a opinar.

—En la orla de licenciatura que ves colgada en esa pared ¿aparece su fotografía o la mía? Pues ale, campeón, saca conclusiones.

—Qué chistosa eres..., es lo que más me gusta de ti.

—No me apetece. El endurecimiento de ese pezón es un automatismo fisiológico.

Para, por favor.

—Déjate llevar...

—Que no.

—Que sí.

Y venga chupichupi.

—Para.

—No quiero.

—Que pares.

—Me encanta tu sabor. —*El cocherito, leré...*—. Ya te empieza a gustar, ¿verdad?

Va, no seas frígida.

Voy a responderle una bordería, pero las últimas cuatro palabras de Richard han resonado en mi interior, en mi puro núcleo. En el centro de la imagen que toda mujer tiene de sí misma. Humillándome, volviéndome dócil: pondré un poco de mi parte, idiota de mí.

Cierro los ojos, intento concentrarme, a ver si se me despierta algo. La libido es un animal caprichoso. Pero lo veo difícil, yo nunca he sido muy de pezones. Me muerdes el lóbulo de la oreja y puedes hacer de mí lo que quieras, pero lo de los pezones me da un poquito de grima. Y Richard lo sabe, pero cuando la sangre se le va de la cabeza para rellenar otra parte de su anatomía, pierde la memoria.

«Cameron, ¿se puede saber qué demonios estás haciendo? Deja de engañarte y de engañarle.»

Con los ojos cerrados la voz de mi yo-sensato ha sonado como un martillo pilón. ¿O era mi yo-diva? Desde hace un par de semanas la cabeza me echa humo. Sé que lo que voy a decir sonará anticuado, rancio, y muy muy raro. Sobre todo teniendo en cuenta que lo va a decir una chica de veintiún años, recién licenciada en Literatura Española por la Universidad de Nueva York, que se considera moderna, de mente abierta y con una visión bastante sarcástica de la vida. Como decía, sé que teniendo en cuenta todo eso, lo que voy a decir sonará viejuno y raro, pero lo voy a decir igualmente: soy virgen. ¡Sí, soy virgen, ya está dicho! Además, quiero seguir siéndolo hasta que me enamore de un hombre. Y no sé si el propietario de la lengua que sigue empeñada en desenroscarme el pezón es ese hombre.

—¿A que ya te va apeteciendo?

No. No me va apeteciendo. Ahora tan solo tengo ganas de llorar. Menos mal que mis ojos están cerrados y Richard no puede verlos rebosantes de lágrimas que me niego a dejar salir, porque no estoy preparada para dar explicaciones. Ojalá estuviese aquí papá, para poder hablarlo con él. O sea, no me refiero a aquí, ahora, en esta habitación..., sería algo incómodo con Richard amorrado a mi teta. Me refiero a que ojalá papá estuviese vivo.

—Mira cómo me has puesto. —Retira la sábana.

Madre mía, ¿todo eso lo he causado yo?

—Si ese bulto es un tumor, creo que hay que irse pitando al hospital. Parece grave.

—Qué graciosa es mi chica...

—Tápate.

—De eso nada.

Sin hacerme ni caso, baja la cabeza hasta mis muslos y, mientras me los besa, arrastra con habilidad el *coulotte* piernas abajo.

—No, Richard, por favor..., no.

Yo sigo añorando a mi padre, y vuelvo a cerrar los ojos para intentar que su imagen no se ensucie con la de mi novio quitándome las bragas. ¿Por qué te fuiste tan pronto? Te necesito tanto...

Papá heredó una tintorería del abuelo en la pequeña ciudad donde nací, cerca de Boston. Le gustaba ayudar a sus vecinos, gracias a eso el negocio prosperó. Era un hombre bueno. Desde que murió hace tres años echo mucho de menos nuestras conversaciones, su sensatez, la sonrisa cálida y acogedora con la que siempre me recibía. Cuando le detectaron el cáncer, puso en venta las cuatro tiendas a cambio de una cantidad indecente de dólares. La mitad se la guardó, para que mi madre la heredara a su muerte.

La otra mitad me la dio a mí. No soy rica, pero gracias a él, el resto de mi vida no tendré que preocuparme por el dinero.

—Este olor me vuelve loco...

Sí, claro, este olor te vuelve loco, pero luego te pasas el día burlándote de los españoles porque dices que le echan ajo a todo.

Papá era un hombre juicioso y bueno que conocía bien a su esposa. La quería con locura. Mamá es muy diferente. A los seis meses de enviudar se largó a California con un nuevo novio, de profesión tatuador, con el que ya no está. Pero sigue viviendo en Santa Mónica. Ella nunca soportó ser la esposa del dueño de una tintorería en una pequeña ciudad húmeda, fría y provinciana del este. Yo la quiero, ella me quiere, pero con la charla telefónica mensual que mantenemos, a las dos nos basta.

—¡He dicho que no me apetece! ¡Para ya, joder!

Me lo quito de entre las piernas con algo que se parece a una patada más de lo que me gustaría. Enfadada, salgo de la cama y atravieso el dormitorio hasta el baño. Cierro por dentro. Me miro en el espejo. Dios mío, menudo nido de águilas llevo en la cabeza recién levantada. Me arreglo el pelo con las manos, al desgaire.

—Como mi vida, al desgaire...

Me apetecía utilizar la expresión en voz alta, para no olvidarla. La aprendí anoche leyendo uno de los *Episodios nacionales* de Pérez Galdós. No es fácil dominar un idioma, cada día trabajo duro para aprender el español más culto, pero también el coloquial y dicharachero, ese que a veces no aparece en los diccionarios. *Gaznápiro*, *racheta*. *Zonzo*, *nextazo*. *Bahorrina*, *chusta*. Lo más difícil son los dichos y frases hechas, pero... «Sarna con gusto no pica»: me encantan las palabras. Las adoro. Si las observas muy de cerca, son en sí mismas obras de arte. ¿Soy la única que siente que la palabra *libélula* tiene más colores que las propias libélulas? ¿O que los fonemas de *acueducto* están tan bien

equilibrados como los arcos de la mismísima construcción? Descubrir nuevas palabras me llena de paz, porque al ponerle nombre, el universo me parece un lugar menos hostil.

Me lavo la cara con agua fresca. Vuelvo a observarme en el espejo: ojalá mi yo-sensato de 2012 le pudiese decir a mi yo-diva de 2011 que no se corte el flequillo, no crece tan rápido como dicen. Pero a pesar de eso me gusta, me gusta mucho. ¿Ser buena te hace estar buena? Si es así, voy para santa. Bueno, más bien para Virgen María. Vine a Barcelona para cumplir mis sueños, para sentirme libre. ¿Lo he logrado? No, la respuesta es no... Pero me consuelo: nadie es libre. Dependes del oxígeno, de los nutrientes, del sol, del amor de otra persona, del dinero en la cuenta del banco. Dependemos de mil cosas. La única libertad que tenemos es la de elegir a qué nos encadenamos. Y algunas mujeres, por desgracia, solemos priorizar en esa elección algo muy autodestructivo: sentirnos deseadas.

*

—Perdona por la patada.

—Casi me rompes la nariz.

Mister Cohen nos mira.

—Lo siento.

Es mi gato. Lo recogí en un callejón el día que llegué a Barcelona. Era tan solo una pelusita recién nacida delicada como un suspiro que palpitaba vida. Ahora parece un minitigre. Me gusta pensar que los dos inauguramos la ciudad a la vez.

—No, el que lo siente soy yo..., he sido demasiado insistente. Perdóname.

Richard está de pie frente a mí, viene de la ducha. El pelo mojado y revuelto le sienta fenomenal. Es invierno pero hace un sol espléndido, solo lleva una toalla blanca

anudada a su cintura de atleta. Parece un hombre de los que salen en los anuncios de perfumes. Como a esos tipos no se les ve por la calle, las mujeres de este mundo piensan que semejantes especímenes en realidad no existen, creen que están diseñados por ordenador, pero yo sé que sí existen. Tengo uno aquí, frente a mí, mientras unto mi tostada con mantequilla sentada en la terraza de nuestro ático en el paseo de Gracia, frente a la Casa Batlló. De hecho, todo esto parece el decorado de un anuncio de perfumes, y yo estoy pensando en expulsar de mi vida al protagonista. ¿Estoy loca?

—Tenemos que hablar.

No me ha sonado a «Tenemos que hablar sobre el finde, me apetece ir a Cadaqués».

—Sí, claro..., pero no pongas esa cara tan seria. Siéntate, mientras te duchabas he exprimido zumo.

Le sirvo una naranjada. Siento miedo. Soy una evitadora del conflicto, y como esta conversación me asusta, inconscientemente he forzado las cosas hasta que sea él quien explote y me la pida. Papá no se sentiría orgulloso de mí. Esa idea me entristece.

—Cam, ¿se puede saber qué hacemos aquí?

—No te entiendo.

—Creo que sí me entiendes. —Sigue serio, y yo no quiero que esté serio, me parece un extraño, porque con él todo son risas, siempre; de hecho, lo mejor de Richard es su perpetuo buen humor, pero paradójicamente, eso es también lo peor: su frivolidad perenne me acaba haciendo sentir que vivo en un chiste—. Llevamos aquí tres meses, sin hacer nada.

—Tú no haces nada. Yo no paro.

—Lo que haces es perder el tiempo.

—¿Eso es lo que piensas?

—Sí, eso es lo que pienso... Por el amor de Dios, ¿podemos tener esta conversación en nuestro idioma?

—No, no podemos. Porque hicimos un pacto, y quiero que lo cumplas. —Me voy indignando por segundos—. Una de las cosas que hago aquí, y tú no valoras, es trabajar cada día muy duro para mejorar mi español. Sabes que el sueño de mi vida es escribir una novela en castellano, para eso vinimos, por eso te pedí ayuda.

—Pero...

—Las dos chicas que pagaba tu padre para que te criaran mientras tu madre jugaba al golf eran mexicanas, para ti hablar español no supone ningún esfuerzo, pero incluso ese mínimo trastorno en tu vida lo consideras inasumible. Eres un egoísta. Eres incapaz de salir de tu zona de confort.

—Quizás sería más fácil salir de la zona de confort si la llamasen zona de mierda.

No me río. No voy a caer en la trampa que siempre me tiende, que siempre se tiende: el humor como coraza. Da un trago a su zumo. Le miro fijamente a los ojos. En ellos veo joyas, perfumes caros, mansiones de ensueño. Zapatos y bolsos. Muchos zapatos y bolsos. Pero también veo una vida de soledad frente al televisor.

—Quiero que regresemos a Estados Unidos.

—Yo no.

La vida con la pareja equivocada puede ser tanto o más solitaria que la vida de soltera: estás con alguien, pero no tienes compañía; ni perspectiva de tenerla, porque estás con alguien. Es la falta de expectativas lo que te destroza, esa es la verdadera soledad.

—Escribe en Nueva York tu novela. Te pagaré profesores de español nativos diez horas al día.

—¡No es solo el idioma, es la experiencia! Encajo tan bien aquí, me siento tan a gusto en esta ciudad... Además, ¡no quiero que me pagues nada! Has sonado machista,

rancio. Por no mencionar que el que me estaría pagando las clases de español no serías tú, sino tu padre.

—Deja de restregarme por la cara que vivo a costa de mi familia. Sí, somos ricos, ¡¿qué pasa?! ¡¿Debo avergonzarme por ello?! Tú tampoco trabajas y vives de la herencia.

—Yo sí trabajo. Que no cobre por ello no tiene nada que ver.

—¿Te refieres a las fotos que te pasas el día haciendo con el iPhone y luego subes a Internet? —Dibuja ese rictus burlón que sabe no soporto, lleno de arrogancia y superioridad moral—. No me hagas reír.

—Ese es el problema, que te ríes de todo. Te lo he dicho antes: no crees en mí. Sí, vivo del dinero de mi padre, pero la diferencia contigo es que yo tengo proyectos, tengo sueños.

Va a interrumpirme, pero le acallo amenazándole con mi tostada, enérgica.

—Instagram aún es pequeño, mucha gente no lo conoce, pero te aseguro que va a dar mucho que hablar. Ya han anunciado que dentro de poco estará disponible en Android, y mi cuenta no hace más que crecer y crecer, cada día que pasa tengo más seguidoras. ¿Y sabes cómo lo consigo? Trabajando. Sí, aunque no lo creas y te rías de mí, lo consigo trabajando. —Noto cómo mi vehemencia le intimida—. A las americanas les encantan mis estilismos y las fotos que hago desde Barcelona, les chifla soñar con vivir algún día su aventura europea, llena de glamour, sofisticación y fantasía. ¡Yo les doy todo eso, aunque sea ficticio, y me siento muy orgullosa de ayudarlas a soñar! Soy útil, un apoyo para que sobrelleven su día a día, pero además de útil, algún día tendré millones de seguidoras, y te aseguro que las marcas me pagarán por promocionar sus productos. Ese es el futuro, aunque tú seas incapaz de verlo. En Nueva York hay mil chicas intentando lo que yo estoy intentando, pero ninguna tiene a su alcance *esto*. Abro los brazos abarcando la ciudad entera—. El sueño europeo.

Se toma unos segundos antes de replicarme:

—Ya veo... —Sigue muy serio—. Me acusas de inmaduro, pero a la que estoy escuchando es a una cría. ¿Crees que cuando tengamos hijos podrás dedicarte a pasear por Barcelona haciéndote fotos con trapitos bien combinados?

—¿¡Hijos?! —¿Del susto he sufrido una pérdida de orina?—. ¿No vas un poco deprisa?

—No, Cam. Yo sé lo que quiero, tú no. Y lo que quiero es tener hijos contigo, en Nueva York. Porque en Nueva York hay una vida esperándonos, con nuestros amigos, nuestro idioma, nuestros sándwiches de pastrami, nuestros viernes por la noche en Broadway, nuestros fines de semana en los Hamptons..., y sí, con mi dinero, ¿es un pecado?! ¡Mi padre me ha regalado un ático el doble de grande que este frente a Central Park y aún no he podido ir a verlo porque estoy aquí perdiendo el tiempo! ¡Y me lo ha regalado porque quiere que su hijo viva en Nueva York, trabaje con él en Nueva York, se case en Nueva York y le dé nietos neoyorquinos!

Nunca le he visto tan enfadado. De repente una mezcla de lástima y culpabilidad que jamás antes había sentido me inunda por completo.

—Richard, no todo se puede comprar con dinero... —Alargo la mano a través de la mesa y tomo la suya—. Eso me lo enseñó papá, siempre me lo decía: no todo se puede comprar con dinero.

Ante mi ternura se le dulcifica el rostro.

—Debió de ser un buen hombre, me hubiese gustado conocerle. Ojalá el mío me hubiese dado de niño esa clase de consejos: no todo se puede comprar con dinero. —Entorna la mirada—. Supongo que es una de esas lecciones de vida con la que un padre debe sermonear a su hijo..., excepto si su hijo ha nacido de un vientre de alquiler.

Nos reímos. El ambiente se distiende gracias a la broma. Richard es un buen chico.

—Cameron, ¿por qué no quieres hacer el amor conmigo? —Su sonrisa triste se posa en la conversación como un nidito de gorriones en la rama de un cerezo.

—Para mí es algo muy importante..., quiero hacerlo con el hombre que...

—Di lo que tengas que decirme. Por favor, dilo sin más, prefiero la verdad.

Dudo, temo herirle. Pero al final me decido.

—Quiero hacerlo con el hombre del que esté segura que va a ser mi compañero de vida.

—Entiendo..., y yo no soy ese hombre, ¿verdad?

—No lo sé, Richard. Aún no lo sé.

En sus ojos parecen temblar dos lágrimas. Nunca le he visto llorar. Ojalá se derramaran sobre su cara, y tras esas dos lágrimas vinieran muchas más. Pero eso no pasa: Richard se rehace. Así lo criaron. Le diría que nunca compartiré mi vida con un hombre al que no haya visto llorar, pero no se lo digo.

—Siento hacerte daño..., yo...

—No, Cam. No me pidas disculpas. Todo lo contrario, gracias por tu sinceridad. Pero ha llegado el momento de tomar decisiones.

Mi gato cruza la terraza. Camina misterioso, como si aún creyese habitar en el Antiguo Egipto. En secreto estoy convencida de que es la reencarnación de Leonard Cohen, el cantante preferido de papá. Sé que es una locura, pero esa fantasía me ahorra un dineral en psicoterapia. «Compórtate como quieras ser, y acabarás siendo como te comportas.» Aleluya.

—¿A qué te refieres con... «tomar decisiones»?

—La semana que viene vuelvo a Nueva York. —Aprieta mi mano, con suavidad, como si quisiera transmitirme un latido de amor—. Tú eres la mujer de mi vida, si te vienes conmigo dedicaré todos los días que nos quedan por delante a quererte. Pero si yo

no soy el hombre de tu vida..., entonces no te vengas conmigo. Tu sitio está aquí, en Barcelona. La decisión es tuya.

Ahora soy yo la que tiene ganas de llorar. Me levanto para sentarme en su regazo. Envuelvo su cuello con mis brazos. Me lo como a besos. Aspiro el aroma de su piel, recién lavada. Huele a gel de lujo, a hombre limpio con mucha clase, a loción para después del afeitado de marca cara.

—¿Qué es lo que noto en mi culo?

—Pues..., ya sabes..., que me alegro de verte.

Me guiña un ojo. Suelto una risa fresca y espontánea. Halagada.

—Te prometo que antes del domingo tomaré mi decisión..., pero hasta entonces quiero que seamos felices, que no pensemos en todo esto, que nos disfrutemos el uno al otro sea lo que sea que vaya a pasar con nuestro futuro. —Le vuelvo a besar, consciente de mi absoluta incoherencia, pero sin poder evitarla; es un beso largo, húmedo, turgente, como mi susurro en su oído—: ¿Qué te parece si esta noche me pongo ese picardías que tanto te gusta y con voz sensual te pido jugar a los médicos..., para que me auscultes... y averigües de dónde viene tanta fiebre..., pero sin meterme el termómetro?

—Pues me parece que te tendré esperando diez meses. —Ahora es él quien abre los brazos para abarcar la ciudad, teatral—. Es la lista de espera habitual en la Seguridad Social de este maravilloso país que tanto adoras.

De nuevo nos reímos. Juntos. Abrazados. Frente a la Casa Batlló y Barcelona entera.

*

¿Nunca os ha pasado estar horas buscando la pareja de un pendiente, renunciar, y que tiempo después aparezca por casualidad? Pues con la pareja de vida sucede lo mismo: todas las horas que pasamos buscando el amor son horas perdidas. Aparece cuando le da la gana.

Richard se ha ido al Belushi's, el típico bar para extranjeros cerca de Las Ramblas, donde siempre te puedes encontrar a dos chicarrones de Kansas con ganas de beber cerveza y ver fútbol americano en alguna de sus diez macropantallas. No me gusta ese lugar, allí me siento como supongo se siente un italiano en la imitación de Venecia que hay en un hotel de Las Vegas. Richard me ha preguntado si quería acompañarle, pero no: necesito pensar. Y cuando necesito pensar, ando. Camino por la ciudad, vago por ella sin rumbo. Paradójicamente, es como mejor ordeno las ideas. Mi novio, en cambio, lo tiene todo claro. La pelota está en mi tejado, sabe que a él solo le queda esperar sin hacer nada, y eso es lo que mejor se le da. Yo sin embargo tengo la cabeza hecha un lío, me va a explotar. Pero no envidio a Richard. Marie Kondo debería mencionarlo en su libro: lo más fácil de ordenar es un armario vacío.

—¿Podría hacerme una foto?

—Claro, faltaría más.

—Tan solo tiene que apretar aquí. Mil gracias.

Abrazo el maravilloso dragón del parque Güell y sonrío, aunque no me apetece. Alguien tendría que inventar en español ese término que en inglés utilizamos para mezclar la tristeza con el desencanto y el arrepentimiento: *sorrow*. No sé si en castellano existe esa palabra, quizás sí y yo no la conozco. *Sorrow*. Así me siento yo hoy.

—Haga varias, por favor.

Escojo la fotografía que más me gusta. Voy a subirla, pero me contengo, aplico antes un par de filtros bien elegidos. Conozco el secreto sagrado de las redes sociales: la

espontaneidad no es el azar. Solo las tontas caen en esa trampa. Exactamente igual que en la vida.

Creo que mi creciente éxito en Instagram radica en que consigo llegar al corazón de la chica americana normal. Normal en el maravilloso sentido normal de la palabra *normal*. Yo les preparo el cóctel que añoran: una foto bonita en un rincón sofisticado de Barcelona, con Cameron, una chica elegante y sexy pero no despampanante, de esas que sabes que nunca intentarían robarte al novio; estilismos bien combinados, complementos con clase y, para rematar el cóctel, una frase llena de chispa que aborda tus preocupaciones. ¿El cambio climático? ¿El hambre en el mundo? ¿Putin? ¿El conflicto árabe-israelí? No, esas no son las verdaderas preocupaciones de una chica americana normal. Me refiero más bien a: ¿por qué en el espejo me veo superguapa y cuando me hago un selfi salgo horrible? ¿Por qué el esmalte de uñas no me dura igual en los pies que en las manos? ¿Por qué las braguitas de los bikinis que me sientan fenomenal tienen un top que me sienta horrible, o a la inversa? ¿Por qué no puedo evitar estrenar el pintalabios que me acabo de comprar aunque tenga otros siete empezados? Sí, lo sé, no me van a declarar la intelectual del año, pero soy feliz vendiendo felicidad.

—¡Lily, qué alegría!

—¡Cam, no te lo vas a creer! ¡Eres la primera a la que llamo, quería contártelo enseguida!

Escucho a mi amiga mientras paseo calle Rabassa abajo, camino del centro de la ciudad.

—¡Me lo ha pedido! ¡Me lo ha pedido!

—¿Quién te ha pedido qué?

—¡Bob, Bob me ha pedido que me case con él!

Justo lo que yo necesitaba hoy: una amiga derretida de amor con un pedrusco recién puesto en el dedo.

—¡Fue tan romántico! ¡Aún se me eriza la piel al recordarlo, y eso que pasó ayer! Pero en cuanto me he despertado, tras pellizcarme para estar segura de que lo que brilla en mi dedo es real, he cogido el teléfono para llamarte. ¿Ahí que son, las cinco de la tarde?

—Las seis.

—¡Deja que te cuente, deja que te cuente! ¡Vas a alucinar!

Está tan feliz que su voz chillona suena histérica. A pesar de eso me habla en castellano: cuando conoces a alguien en un idioma, ya siempre le hablarás en ese idioma. Es una especie de impronta. Lily y yo nos miramos a los ojos en primero de carrera en clase de conversación en español, y las dos supimos que seríamos amigas de por vida.

—Bob me dijo que le apetecía mucho ir al parque acuático de Long Island, compró las entradas más caras del delfinario, ¡las más caras, en primera fila! A mí me extrañó, porque a él nunca le han gustado mucho los peces, pero bueno, yo no tenía nada mejor que hacer un sábado por la mañana. Y agárrate fuerte, Cam, ¡agárrate fuerte!

Le hago caso y agarro mi bolso de Prada con saña: ha conseguido intrigarme.

—En pleno espectáculo, un delfín de esos amaestrados salta fuera del agua y se arrastra hasta llegar a mi silla. ¡De entre las mil personas que estábamos allí, el animalito se arrastra hasta detenerse delante de mí! Y entonces levanta esa boca tan graciosa que tienen y la apoya en mis rodillas... ¡Me estaba entregando el anillo que llevaba en el hocico! ¡¿Puedes creértelo?! ¡Era para mí! ¡¿Te lo puedes creer, Cam, el delfín llevaba en el hocico mi anillo?!

Conozco a su novio Bob. Le diría a Lily que lo mejor que puede hacer es casarse con el delfín.

—¡¿No te parece superromántico, Cam?!

Pero en lugar de decirle lo que pienso me pongo a llorar. Lloro, sin saber por qué, hasta que lo averiguo: sí, aunque sea una absoluta horrerada, yo también quiero que un delfín me regale un anillo.

—Cam, ¿qué te pasa?

—No, nada...

—Pero... ¿por qué lloras?

—Es de felicidad, Lily, lloro por ti, me alegro tanto...

Esta noche tengo que darle una respuesta a Richard, y aún no sé qué decirle. Pero acabo de descubrir que yo también quiero que un delfín me regale un anillo. La feminista que habita en mi interior se da de cabezazos contra la pared mientras balbucea: «Caca, culo, pedo, pis..., caca, culo, pedo, pis...». Pero me da igual: quiero mi anillo.

—¡La siguiente eres tú, Cam! ¡Estoy segura! ¡Richard y tú hacéis una pareja maravillosa!

A las europeas les cuesta entender lo importante que es para una chica americana el modo en que un hombre te pida matrimonio. Desde niñas nos meten en la cabeza que debe ser algo de un romanticismo épico. Si no, ese hombre no te quiere lo suficiente. ¿Cómo lo hará Richard? Es un chico criado en el Upper East Side, organizará algo sofisticado y elegante. Nada de delfinarios en Long Island. Pero sabiendo lo mucho que me quiere, será algo inolvidable. Estoy segura.

—En cuanto tenga las invitaciones listas, te las envío a tu dirección de Barcelona. ¡Richard y tú no podéis faltar a la boda!

—Por supuesto, LilyAlice..., allí estaremos. —Si no detengo este apocalipsis de nostalgia voy a estallar; es nostalgia de la peor clase: por algo que aún no ha sucedido—. Ahora tengo que dejarte, un beso enorme, me alegro mucho por vosotros.

En cuanto cuelgo me desmorono. Sollozo y camino. Sollozo y camino. Siento una pena enorme. De repente quiero volver a mi país, hincharme a crema de cacahuete, casarme, tener niños, que Richard los lleve al béisbol y me cuide de por vida... La macedonia de tópicos al completo. Maldito delfín.

—Al parque de la Ciutadella, por favor.

—¿Está usted bien, señorita?

El taxi huele a limpio, su conductor a buena persona.

—Sí, sí, no es nada..., se me ha metido algo en el ojo. Lléveme al parque, por favor.

En toda la ciudad solo hay un ejemplar de roble norteamericano. He pasado horas junto a él, es mi rincón para pensar en Barcelona. Está entre la cascada y el estanque. Cuando llego, me siento en un banquito y, contemplándolo, intento tranquilizarme.

«Cameron, mantén la calma, dentro de dos horas hablarás con Richard y seguro que le das la respuesta adecuada...»

Poco a poco llega la serenidad, y con ella percibo el hambre. No he comido a mediodía por culpa de la ansiedad. Saco del bolso la ensalada de quinoa y wakame que preparé esta mañana antes de salir de casa. Me meto el tenedor en la boca, cierro los ojos y saboreo, intentando olvidarme del resto del mundo y de mi gran dilema.

—¿Sabías que comer directamente del táper provoca depresión?

Sobresaltada, me giro hacia el origen de la voz: desde el otro extremo del banco un morenazo me mira con unos ojos que parecen sacados de un anuncio de aceite de oliva.

—Vaya..., pues no, no lo sabía. ¿Tanta pena doy?

—Sí, un poquito.

Me sonrío como jamás me han sonreído en la vida. De repente tomo consciencia de que, por culpa de tanto llorar, tengo la cara hinchada y el rímel corrido: soy un oso panda atiborrándome de matojos junto a un príncipe azul que estornuda purpurina.

Quiero morir.

Mientras, la feminista que habita en mi interior sigue dándose cabezazos contra la pared.

—Yo soy David, ¿cómo te llamas tú?

—Cameron. Me llamo Cameron.

Y sin saber por qué, siento que acabo de encontrar el pendiente que había perdido y llevaba tanto tiempo buscando.

Marzo, 2020

Dos años antes de la desaparición de María

—¡Mil gracias, Cam! No tendrías que haberte molestado. —Coge de manzana que le ofrezco; tras ella está aparcado el precioso Aston Martin descapotable color *champagne* con el que se pasea arriba y abajo por Barcelona—. Vamos a la cocina y preparo un café, estoy deseando probarlo.

—¿Molestia? ¡Adoro los dulces!

—Puede que los adores, pero ni los pruebas. No tienes ni un gramo de grasa, estás estupenda.

Ese piropo solo me halaga si la que me lo dice está menos estupenda que yo. Y no es el caso.

—La que estás fantástica eres tú. Aún no me puedo creer que tengas una hija de catorce años. ¿La pariste en la guardería?

Eva se ríe. Es una muñequita perfecta. Asesinaría a las mujeres a las que pillas por sorpresa en casa subidas a la elíptica y siguen igual de sexys a pesar del sudor y los *leggings*. ¡¿Cómo lo hacen?!

—Te confieso que fue un accidente. Yo tenía veinte años, era una cría, pero bueno..., cosas que se hacen cuando estás enamorada. Si fuese ahora, ni loca. Tú no sabes lo que es tener una hija adolescente. Si me das a elegir, prefiero una colostomía.

—¡No me digas eso! —Ahora soy yo la que ríe—. ¡Mi marido y yo estamos buscando un bebé!

—Ni se os ocurra. Gastaros ese dinero en droga, lo disfrutaréis más.

Es guapa y simpática. Esas dos cosas juntas tendrían que estar prohibidas: los chicos solo deberían tener derecho a disfrutar de uno de esos dos atributos en una misma mujer. Todos los chicos, excepto el mío.

—¿Buscáis un niño o una niña?

—Yo prefiero una niña. A David le da igual.

—¿David es tu marido?

—Sí. Disculpa que aún no te lo haya presentado, pero trabaja mucho.

—Tranquila, habrá tiempo.

—Le comenté que te gustaba jugar al pádel. En cuanto estés instalada, me ha dicho que un día te vas con él al club y te presenta a la gente. Si por él fuera, jugaría todos los días, le encanta ese deporte. A mí no me haces coger una raqueta ni loca.

—Genial, dale las gracias de mi parte. ¿Está cerca?

—Aquí al lado. Es el Real Club de Tenis de Barcelona. Todos los días hay partidos, y siempre hace falta gente para completar equipos. Es una muy buena manera de hacer amigos..., especialmente hombres deportistas, solteros y ricos.

De nuevo nos reímos, pero no pica el anzuelo: sigue sin contarme nada sobre su situación sentimental. Más bien todo lo contrario.

—¿Cómo os conocisteis?

—¿Quiénes?

—Tú y David.

Me parece un poco brusca la pregunta, aunque quizás sea porque yo también me muero de ganas por conocer su historia, pero no me he atrevido a indagar. Tan solo sé que es madrileña, no trabaja ni económicamente lo necesita, vive sola con su hija y se ha comprado el chalet justo enfrente del nuestro. Una de las casas más caras y exclusivas de Barcelona. Aunque la verdad es que en esta zona de Pedrales, todas lo son.

—Típica historia de chica conoce a chico: yo vine de Estados Unidos a mejorar mi español. Estaba un día en el parque de la Ciutadella y a David le apetecía ligar con una turista. Caí en sus redes, tonta de mí. La habitual guiri ingenua víctima de un *latin lover*.
—Sonrío al recordar el que considero el día más maravilloso de mi vida.

—Hombres..., no hay quien los soporte..., pero qué haríamos sin ellos.

—Y que lo digas. Mira, yo soy de Boston, y allí tenemos el MIT. ¿Sabías que esos científicos tan listos han demostrado que soltarle a tu marido un «Te lo dije» equivale a diez orgasmos? Bueno, quizás no son diez sino cinco, y quizás no era el MIT, pero da mucho gusto, eso seguro.

De nuevo reímos con ganas.

—Oye, no puedo parar de comer, ¡esta tarta está de vicio! Eres una artista, Cam.

Su piropo es sincero, lo noto. El café que ella ha preparado también está muy bueno.

—Podría mentirte y quedar fenomenal diciéndote que la he hecho yo, pero no sé ni freír un huevo. La compré en Santa Gemma, una pastelería del barrio. Tienes que conocer ese lugar, es increíble.

—En cualquier caso, mil gracias. Pero ya te lo he dicho, no tendrías que haberte molestado.

—En mi país traerle una tarta de manzana a los nuevos vecinos es una tradición.

Si no lo hago, todos mis antepasados se revolverían en sus tumbas.

—¿Dices que eres de Boston? Tu español es perfecto, casi ni noto el acento.

—Gracias..., pero aún tengo que mejorar.

—Y acabas viviendo en Barcelona..., en la avenida Pearson. Qué pequeño es el mundo, ¿no crees?

—¿A qué te refieres?

—La de la inmobiliaria que me vendió la casa me dijo que ese tal Pearson era un ingeniero de Boston que hizo fortuna en Cataluña en el siglo XIX montando la red eléctrica. Y tú acabas viviendo al otro lado del mundo en una avenida que lleva su nombre.

—Pues la coincidencia no acaba ahí...

—¿No? Cuenta cuenta.

Aunque ella es un poco hermética con su pasado, me apetece confesarle detalles de mi vida. La amistad se construye con confianza recíproca, y Eva me ha caído bien, no me importa ser yo la que dé el primer paso.

—Cuando David me trajo aquí para enseñarme su casa, estaba un poco nerviosa. Ya sabes, a ellos todo les da igual, pero para una chica la primera noche en la que tienes intimidad con un hombre... puede ser algo incómodo.

—Totalmente de acuerdo. Yo la primera vez necesito que sea con la luz apagada, hasta tener confianza en la cama. Ellos esas cosas ni las piensan, no las entienden.

—Justo a eso me refiero. Pues íbamos en el coche, subiendo por la avenida, y yo nerviosa pensando en el asunto, con dudas sobre si dar o no el paso... —Me ahorro el detalle de que esa noche perdí la virginidad: eso solo lo sabe mi marido, y aunque se niega a reconocerlo porque le gusta ir de moderno, sé que le encanta haber sido el primer y único hombre que ha estado dentro de mí—. El camino hasta aquí me pareció precioso,

muy romántico: una avenida que nace en el corazón de Pedralbes, en zona urbana, pero que es larga, sinuosa, con cada curva va estrechándose y ascendiendo hacia la montaña, rodeada de casas hermosas con amplios jardines..., hasta morir en el puro bosque. Es Barcelona, pero me pareció que no estaba en Barcelona, sino en plena naturaleza.

Me emociono al evocar esa primera noche que David me trajo aquí.

—Sí, tienes razón. A mí también me sorprendió mucho este entorno tan natural dentro de Barcelona. Aún no he tenido tiempo de explorar la zona, pero la de la inmobiliaria me dijo que la avenida no tiene salida, es un *cul-de-sac* que muere en el parque natural de la sierra de Collserola.

—Exacto. Pues esa noche, rodeada por este entorno tan mágico, yo estaba nerviosa, y por hablar de algo, se me ocurre preguntarle a David cómo se llamaba la calle en la que estábamos. Avenida Frederick Stark Pearson, me responde. Tuvo que parar el coche, preocupado por mí al ver lo pálida que me había puesto.

—Te sorprendió la coincidencia..., claro, tú también eres de Boston.

—No, Eva. Yo no soy de Boston. Soy de una pequeña ciudad que hay cerca que se llama Lowell. Y Frederick Stark Pearson tampoco era de Boston: ¡él también nació en Lowell!

—Menuda casualidad...

—En mi pueblo es un héroe, fue un ingeniero que recorrió el mundo haciendo llegar la luz eléctrica a millones de hogares. Entre otros, a los de Barcelona, por eso le dedicaron esta avenida. El pobre murió junto a su esposa de una manera muy trágica: viajaban en el Lusitania para visitar a su hija, que vivía en Londres, y los submarinos alemanes hundieron el trasatlántico.

—Qué horror..., las guerras son terribles. Parece que conoces muy bien su vida.

—Mi padre era su biógrafo oficial en Lowell. Desde niña me estuvo contando las hazañas de Pearson por el mundo. Puedes imaginarte cómo me quedé cuando viajó al otro lado del Atlántico y el chico que me gusta tiene su chalet en una avenida dedicada al héroe de mi pueblo. Hasta entonces nunca había creído demasiado en el destino, pero... cuando escuché en su boca «avenida Frederick Stark Pearson», todas las dudas que podía tener sobre David desaparecieron. Sentí que era una señal..., y supe que él era el hombre de mi vida.

—Qué historia tan bonita, tan romántica... Ojalá a mí me sucediese algo así.

Creo que ya he creado el ambiente de confianza adecuado para preguntar:

—¿Tú... tienes pareja? ¿El padre de tu hija se reunirá con vosotras pronto?

El semblante le cambia. No, no es enfado. Ni tampoco se siente ofendida por la intromisión. Es tan solo dolor.

—Él murió.

—Vaya, lo siento... No debería haber preguntado, soy una idiota.

—Qué va, no te preocupes. Pasó hace mucho tiempo. La niña era tan solo un bebé. Desde entonces no he estado con nadie..., con nadie en serio, quiero decir. Es difícil olvidar.

Soy una bocazas. Intento arreglar el desaguisado.

—Tranquila, esas cosas suceden cuando menos te las esperas. Cualquiera día estás sentada en un parque de Barcelona y se cruza en tu vida un *latin lover*, como me pasó a mí. —Le sonrío con cariño, con honestidad, y el dolor en su rostro parece menguar.

—Quizás en ese Real Club de Tenis conozca a uno de esos hombres ricos y solteros de los que me has hablado. Aunque con lo mal que juego al pádel, fijo que antes lo dejo tuerto de un pelotazo.

De nuevo nos reímos. El nubarrón ha pasado.

—Me ha encantado la charla, Eva, pero tengo que irme.

—Yo también he disfrutado. —Salimos al jardín por la puerta de la cocina—. Ni te imaginas lo mucho que necesitaba hablar con una mujer adulta después de pasarme días discutiendo con una adolescente.

—Pues ya sabes, estoy al otro lado de la calle: si me necesitas, silba. —Es una broma, pero lo digo de corazón—. Además, parece que esa historia del coronavirus es más grave de lo que decían al principio. Si acaban confinándonos, vamos a tener que ayudarnos unos vecinos a otros.

—Sí, es verdad. Las noticias dan cada vez más miedo, está muriendo mucha gente.

—Es horrible, no sé cómo acabará esto... Pero pensemos en cosas más alegres. Como, por ejemplo, este jardín: ¡lo tienes precioso!

—Cam, hay dos tipos de mujeres: las que adoran las plantas... y las que tenemos cactus. —Me coge del brazo, cómplice—. Menos mal que el jardinero viene todos los días. Con una parcela tan grande, si no es por él, viviríamos en la jungla.

—Sí, en mi casa pasa lo mismo. Ni David ni yo tenemos tiempo para ocuparnos del jardín.

—¿A qué os dedicáis?

—Él es abogado. Yo *influencer* de moda.

—¿En serio?! ¡Voy a seguirte ahora mismo! —Saca el móvil del bolsillo de atrás de sus *leggings*; parece emocionada—. ¿Cómo te llamas en redes?

—Solo estoy en Instagram. Soy Barcelona with Cameron. Los *posts* están en inglés, mis seguidoras son todas americanas.

—Pero... pero... —Conforme teclea en el móvil los ojos se le abren como platos—. ¡Tienes tres millones de *followers*! ¡Eres famosa!

Intento disimular la hinchazón de ego: confieso que me pasa cada vez que veo esta reacción en una chica que disfruta con la moda.

—No, que va, no soy famosa. En Estados Unidos hay *influencers* con muchas más seguidoras..., pero sí he de confesarte con cierto orgullo que muy pocas con tanto *engagement* como yo. —Dejo claro con un gesto burlón que el pavoneo es impostado—. Y lo mejor de todo es que en España no me conoce nadie, puedo llevar una vida anónima. Me gusta pasar desapercibida.

—No seas modesta, estas fotos son fantásticas... —Sigue mirando el móvil mientras paseamos sobre el césped acercándonos a la cancela—. Ahora mismo voy a darles un buen repaso a tus publicaciones, adoro la moda.

—Bueno, me halagas... Se me acaba de ocurrir una idea. Con esta rosaleta tan bonita de fondo, ¿te apetece que nos hagamos un selfi y lo subo a Barcelona with Cameron? Te prometo que soy una buena amiga, no una arpía traicionera: repetiré la foto hasta que *las dos* salgamos guapísimas.

A pesar del tono bienhumorado de mi propuesta, lo noto al instante: en su cara hay miedo.

—¿Con estas pintas? No, ni loca...

Es una excusa. No entiendo muy bien la razón, pero mi proposición le ha desencajado el rostro.

—No insisto, pero que conste que con ese *look* deportivo estás tremenda.

—Gracias, qué amable eres. —Parece recuperar la presencia al ver que no me pongo pesada con lo de la foto.

—Bueno, Eva, ya sabes, si necesitas cualquier cosa, estoy enfrente. —Intento mostrar naturalidad, hacer como que no me he dado cuenta de lo raro que ha sido lo que acaba de suceder.

—Lo mismo digo. Y gracias por la tarta. Cuando llegue mi hija del cole, seguro que arrasa con ella.

—Estoy deseando conocerla.

—Y yo a tu marido.

Nos abrazamos y me da dos besos. Besos de verdad. Piel con piel. No esos besos al aire que tanto odio. Vuelve a ser la vecina cálida y amable a la que conocí la semana pasada por pura casualidad al coincidir las dos en la puerta de nuestros respectivos chalets.

En cuanto salgo a la calle saco mi móvil. Entro en Instagram. Como me ha seguido en mi cuenta, localizo a Eva enseguida. Perfil abierto, su foto, una orquídea. Y la extrañeza que he sentido hace escasos segundos se reaviva: no tiene ni un solo *post* en el que aparezca su rostro. Hay paisajes, obras de arte, flores, muebles con clase, succulentos manjares... Y cuando quiere enseñar un bonito vestido, se las ingenia para que su cara no se vea en la imagen. No es normal que una mujer joven, atractiva, con buen gusto, no quiera aparecer nunca en su Instagram. ¿Por qué le asusta a mi vecina salir en una fotografía? ¿Por qué una madrileña sin pareja y que no trabaja se ha venido a vivir a Barcelona? Eva es un encanto, pero un sexto sentido me dice que hay algo extraño en su actitud. Un sexto sentido al que intento no hacerle caso: últimamente no hace más que traicionarme.

Cruzo la avenida Pearson, que a estas alturas de Pedralbes es ya tan solo una callecita, y entro en el chalet. Recojo el correo del buzón y mientras atravieso el jardín ojeo las cartas. Intento no pensar en lo que acaba de suceder, quitarle importancia a mis sospechas. Desde hace unos meses no me fío de mí. Entro en casa. Mister Cohen está en el recibidor esperándome. Restriega su cuerpo contra mi pantorrilla.

—¿Me has echado de menos, cariño mío?

De pie, mientras siento su ronroneo sobre mi piel, abro uno de los sobres del correo. Es de SteelShield, la compañía de seguros con la que tenemos todas las pólizas. Rasgo el cierre y saco un folleto que parece de publicidad.

—My... my God.

Me falta el aire. Pero a la vez siento que estoy hiperventilando. Esto no puede ser real. Esto no puede estar pasando. Empiezo a marearme, todo me da vueltas.

—That's not possible...

Lo que sostengo no es un folleto publicitario. Es una fotografía. En la imagen que tengo frente a mí aparece mi marido. Besándose con una mujer que no soy yo.

—Hijo de puta...

Están en lo que parece ser el reservado de un restaurante, y no son conscientes de que les fotografían. David lleva una camisa que se compró el año pasado, la imagen es por tanto reciente. La cara de ella no se ve, está en escorzo. Pero sí se intuyen unos rasgos hermosos y morenos. En el cuello luce un lunar.

—Keep calm..., keep calm..., this is not real.

Mis manos contradicen a mi cerebro: están temblando. Tanto que la fotografía y el sobre caen al suelo, junto con el resto del correo. Estoy sufriendo un ataque de pánico. Otra vez. Se me ha secado la boca, pero sudo mucho. Necesito beber agua fresca. Tambaleándome, camino hasta la cocina, con el corazón latiendo con tanta fuerza que siento que va a reventarme el costillar. La opresión en el pecho es horrible.

—My goodness!

En cuanto abro la puerta de la cocina, el espectáculo que se desparrama ante mí me aterroriza.

—Christ!

Hay sangre por todas partes. Pero mi visión túnel se concentra en un punto muy preciso: una mujer desnuda está sentada en el suelo de la cocina, con la espalda apoyada contra uno de los armarios. Su cuerpo, joven y desmadejado, tiene una coloración tumefacta. Un tajo horrible surca su cuello de lado a lado. Ha sido degollada. No puedo verle el rostro, porque tiene la cabeza cubierta con una bolsa de supermercado.

—This is not real..., this is not real...

Todo se oscurece a mi alrededor a la velocidad a la que el plomo absorbe la luz. Caigo de rodillas llorando, entre espasmos, presa de la ansiedad. Cierro los ojos temblorosa, todo me da vueltas. Y de repente siento cómo alguien me aplica por detrás con mucha fuerza un paño húmedo contra la cara. Forcejeo, pero muy poco tiempo, porque enseguida pierdo el conocimiento.

*

—Princesa, ¿cómo te encuentras?

David me cachetea con suavidad la mejilla para espabilarme.

—¿Dó... dónde estoy? ¿Qué ha pasado?

—Estás en casa. Tranquila. Te desmayaste en la cocina. Cuando llegué del despacho y te encontré tirada en el suelo, casi me muero del susto.

Sentado en el borde de nuestra cama me acaricia el pelo. Mi cabeza reposa plácidamente sobre la almohada, pero por dentro el centrifugado arranca de nuevo en cuanto la conciencia se reactiva.

—Tú... tú me has engañado. ¡He visto la foto, he visto la foto! ¡Y a la chica muerta!

—Cariño, por favor, tranquilízate. Estás muy estresada y...

Sin hacerle ni caso, salto de la cama y corro hacia la cocina.

—¡Cam! ¡¿Dónde vas?! ¡Debes descansar, has sufrido un desmayo!

Abro la puerta y frente a mí tan solo veo nuestra fantástica cocina Scavolini impoluta, perfecta. Ni rastro del cadáver de la chica, ni rastro de los charcos de sangre.

—Cameron, por favor, debes tranquilizarte. —David me toma por los codos; nota que estoy temblando—. Esto no puede seguir así.

—Estaba ahí, yo la vi, yo la vi..., alguien me atacó, por detrás...

Me envuelve con su cuerpo grande y fuerte. Pero su abrazo, aunque reconfortante, no es capaz de aliviar el terrible dolor de cabeza que siento. La opresión en mis sienes. El mareo intenso.

—Me estás engañando, he visto la foto, he visto la foto.

—Pero ¿de qué hablas?

Me desprendo de él con un empujón sólido y corro hasta el recibidor. El correo está en la cesta, donde lo dejamos siempre. La única carta abierta es la de nuestra aseguradora, SteelShield. Sobre ella está el folleto.

—¡Esta es la prueba de que no estoy loca! ¡Esta es la prueba de que eres un cabrón!

Cojo de un zarpazo el papel y al darle la vuelta contemplo la imagen: como esperaba, aparecen un hombre y una mujer besándose en un restaurante. Pero son dos ancianos. Es publicidad de un seguro de vida y decesos.

—Has cambiado la foto, has limpiado la cocina..., te has desecho del cadáver de esa chica..., han pasado horas, ya es de noche, te ha dado tiempo a todo...

Caigo de rodillas, anegada en lágrimas.

—Princesa, por favor, deja que te cuide.

David me recoge del suelo y, en brazos, me lleva hasta el salón. Me acomoda en el sofá y se sienta a mi lado.

—Esto no puede seguir así, necesitas ayuda.

—No estoy loca..., vi la foto, estabas con esa mujer, besándote, en el restaurante..., y vi el cadáver en la cocina...

—En esta casa no hay ningún cadáver. —Me acaricia el pelo—. Yo no digo que estés loca, cariño. Pero tu cabeza te está traicionando. Y cada vez es más grave.

—¿Me has engañado? —Quiero abrazarle, pero a la vez quiero salir corriendo, huir de él—. ¡Contéstame, por favor! ¡¿Me has engañado con otra?!

—Por supuesto que no te he engañado. Eres el amor de mi vida..., y estoy muy preocupado por ti. Llevas meses con mareos, te desorientas, oyes voces que solo están en tu cabeza, tienes ataques de pánico... El otro día llorabas como una niña porque decías que habías visto una sombra dentro de casa y creías que nos acosaba un intruso.

—Fue muy extraño, sentí que había alguien... Quiero que instales cámaras y alarmas.

—Sí, tranquila, ya he pedido presupuesto. Pero el problema es precisamente ese, tus sensaciones. Aquí no había nadie, registré el chalet de arriba abajo. Está todo en tu cabeza.

—Yo nunca me había sentido así, en mi vida..., pero desde hace unos meses...

—Con la edad cambiamos. Esto se te ha despertado ahora, y tenemos que buscarle solución. No le hemos dado importancia, pero creo que debemos ir a que te vea un especialista.

Me da un beso que consigue calmarme.

—Voy a prepararte una infusión, te relajará. Ahora tumbate y descansa.

Apaga las luces del salón, que queda en penumbra. Sigo sintiendo una enorme presión en las sienes. Echo la cabeza atrás y cierro los ojos. Poco a poco el ritmo cardíaco se normaliza. David tiene razón: necesito ayuda. Desde hace meses mi cabeza no funciona como solía. Tengo migrañas, ataques de ansiedad, me pierdo por Barcelona yendo a sitios

que sé perfectamente dónde están, oigo voces que me susurran cosas incomprensibles, veo a mi padre por todas partes, conduciendo el taxi al que acabo de subir, reponiendo en el supermercado... Pero lo de hoy es la gota que ha colmado el vaso. Estoy asustada, y lo más terrible es que el miedo no viene de fuera. Por eso no puedo escapar de él. Vaya donde vaya, me acompaña. Porque es dentro de mí donde hay algo estropeado. Soy yo la que me doy miedo.

—Ven con mami, cariño.

Mister Cohen me observa desde el vano de las puertas del salón. Completamente estático. Yo estoy en penumbra, pero a él le ilumina la luz del recibidor.

—¿No quieres venir con mami?

Qué es..., qué es eso que..., qué tiene mi gato en... El corazón se me encabrita de nuevo. Lleno de pavor.

—¡Mister Cohen! ¡Ven aquí!

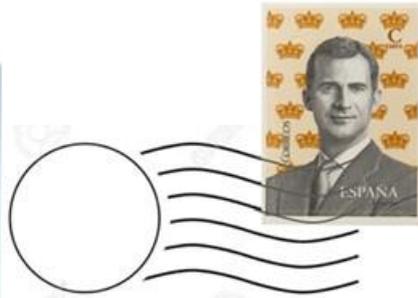
Como siempre hace cuando le grito, se da la vuelta con mucha calma y sale al jardín por la gatera de la puerta principal. No volverá hasta mañana. O quizás hasta pasado, si encuentra una hembra receptiva a sus encantos.

—Todo está en mi cabeza, todo está en mi cabeza...

Me repito el mantra, entre lágrimas: todo está en mi cabeza. Necesito ayuda. Porque todo está en mi cabeza. Incluidos los bigotes manchados de rojo sangre que acabo de verle a Mister Cohen.

TU POSTAL SECRETA

Mientras me cantan
cumpleaños feliz
nunca sé qué decir ni
qué cara poner. Todo
el mundo me sonríe
pero yo solo deseo que
la canción acabe...
¡Siento tanto estrés
que cumplo un año y
envejezco diez!



Tu Postal Secreta

Apartado de correos 32224

08080 BARCELONA

Marzo, 2022

Dos semanas antes de la desaparición de María

Siempre estoy esperando a que anochezca. Por eso en invierno todo es más fácil. El sol se pone antes. Además, la gente no tiene tantas ganas de vivir. Eso me ayuda a respirar. Eso lo vuelve todo más sencillo.

—No me esperes despierto, Mister Cohen. Pero guarda el castillo.

Cada noche salgo de mi pisito alquilado de la calle Dalmàcia y camino hacia el monasterio. No soy religiosa, antes nunca iba a la iglesia, pero ahora, algunas mañanas que paso por aquí, entro en el claustro y rezo. Primera lección aprendida desde que empezó todo esto: lo mejor para volverte una persona más humilde es un poquito de sufrimiento.

Bajo por el empedrado medieval, frente al convento de Pedralbes, y no tardo en alcanzar el arranque de la avenida. Tomo la acera de la derecha y empiezo a ascender. En una zona residencial como esta, y ya de noche, no se ve ni un alma, pero cruzarme con alguien conocido me da pánico. Moriría de vergüenza.

«Ahí va esa pobre chica... Hay que ver, con lo mona que era y en qué se ha convertido.»

Cuando la avenida ya es poco más que un camino estrecho sin aceras, llego a destino. Mi mirada está focalizada en el pedazo de asfalto que voy a pisar a continuación, nunca más allá, pero sé que me acerco porque mis latidos se aceleran. Es como si la densidad de David ejerciese una atracción capaz de desajustarme el corazón: él está cerca, y por la inapelable ley de la gravedad, yo me desplomo hacia el horizonte de sucesos.

Saco las llaves, miro arriba y abajo para asegurarme de que no hay nadie observando, y abro la cancela de la que fue mi casa. Por suerte no hay alarmas ni cámaras. Mi exmarido se compró uno de los chalet más exclusivos de Barcelona, pero nunca ha temido un asalto. Todos le decían que estaba loco, pero él es un hombre alto, fuerte, muy seguro de sí mismo. Y nunca nos pasó nada. Ya se sabe: la fortuna sonríe a los valientes. Recuerdo que David bromeaba con que, si una banda albanokosovar entrase a robarnos, les haría frente con el tenedor y el cuchillo con el que se estaba comiendo el pollo de la cena. Si se ponían duros, a lo mejor hasta cogía la raqueta de pádel. Eso era algo de él que me encantaba. Su virilidad primitiva, muy masculina, me hacía sentir segura. Y a la vez no me incomodaba, porque siempre era capaz de disfrazarla con una sonrisa elegante o una broma.

El enorme jardín se ve un poco descuidado. Ahora que la propiedad está cerrada tan solo vienen a arreglarlo una vez al mes. El agua de la piscina se ha puesto verde. No necesito encender la linterna del móvil para orientarme. Conozco cada planta, cada árbol. Llego a la puerta trasera del chalet, entro con sigilo. Ya nadie puede descubrirme. Está muy oscuro. La memoria olfativa de la casa, como en cualquier espacio donde han sucedido cosas, se me mete muy dentro. Y me asusta. Voy a la cocina. Al lugar donde empezó todo. Al epicentro del dolor.

Me siento en el taburete que hay frente al ventanal. Dejo sobre la encimera la botella de vino y la copa que siempre traigo en la mochila. ¿Seré capaz de controlarme

esta noche? Si la familia tiene una velada tranquila, quizás sí. Pero si veo a la pareja haciendo el amor, seguro que no. La tortura entonces se vuelve demasiado intensa. David siempre fue muy discreto con esas cosas, pero a ella le gusta hacerlo con la persiana subida y las cortinas abiertas. Seguramente le da morbo ese exhibicionismo controlado: sabe que solo pueden verlos desde la casa de enfrente, pero la casa de enfrente es de su marido y ahora está cerrada. Por eso incluso enciende la lámpara de su mesilla de noche. Cuando veo el punto de luz en medio de la oscuridad, y a ella en su centro, desnuda, a horcajadas sobre David, gozándolo..., no puedo controlarme. Abro la botella y empiezo a beber. Poco a poco, sin prisas. En la oscuridad de una casa deshabitada, bebo y observo, en silencio. Esa de ahí enfrente podría haber sido mi vida.

«Aún hay esperanza, no todo está perdido... Un día se dará cuenta de lo mucho que me quiere y volverá conmigo..., no todo está perdido». Cuando ya de madrugada agonizo avenida Pearson abajo, camino de casa, repito una y otra vez mi salmodia. «Aún hay esperanza, no todo está perdido, algún día volverá conmigo.»

Segunda lección aprendida desde que empezó todo esto: a veces llamamos *esperanza* a lo que no nos atrevemos a llamar *consuelo*.



Tengo treinta y un años, y ya no soy una mujer deseable. Cuando el atractivo físico de una chica joven se esfuma de repente y su marido sabe que ahí fuera puede encontrar algo mejor, todo se va al traste. No es justo, pero nadie dijo que este mundo lo fuese.

Abro los ojos cuando Mister Cohen se pasea por mi almohada y con el rabo me da golpecitos en la cara. Hace tanto tiempo que ningún ser humano me toca que la calidez de su pelaje contra mi piel me parece el paraíso. Son ya las doce del mediodía. Me despierto tarde por culpa de la medicación. Por culpa de la medicación y de que cada noche llego a casa de madrugada.

Con andar pesado me arrastro hasta el cuarto de baño. No me gusta lo que veo en el espejo, quizás por eso no me reconozco de inmediato. Tardo un poco. El mundo se ha vuelto un lugar muy lento. La vida evoluciona a mi alrededor con una cadencia submarina. También dentro de mí. Hace dos años fui diagnosticada con esquizofrenia paranoide. Lo sé, suena mal. La realidad es aún peor.

Supongo que existe una clase de hombre capaz de relativizar que su divertida y hermosa esposa, una veinteañera con la que se casó para fundar una familia, se haya transformado de sopetón en una señora medio sonámbula que ha engordado cuarenta kilos, sin apetito sexual, de piel grasa, con la cara hinchada y el pelo prematuramente encanecido. Supongo que existe esa clase de hombre. David no pertenece a ella. Y no puedo echarle nada en cara: a mí nadie me engañó. Supe cómo era desde el principio. Y me encantó, caí rendida a sus pies, me enamoré. No solo era un tiburón en lo profesional, también lo era en lo personal. Eso lo vi enseguida. Pero me gustó, porque yo era la elegida. La que se había llevado el premio gordo, la que había conseguido conquistarlo para que sentase la cabeza, la que entraba cogida de su brazo en un restaurante chic de Barcelona y despertaba la envidia de todas las mujeres.

Sí, adoraba todo eso y ahora estoy pagando las consecuencias. Aposté fuerte y perdí, no tengo nada que reprocharle a nadie, salvo quizás a mí misma.

Al principio él estuvo a mi lado. Me apoyó, no echó a correr cuando mi cuerpo empezó a transformarse por culpa de las pastillas. Intentaba animarme. Pero un día Paul nos informó de algo que sentenciaría mi matrimonio: «Cameron, con la medicación que estás tomando no deberías quedarte embarazada. El feto podría sufrir malformaciones». Voy a tener que tragarme cada día esas cinco pastillas de diferentes colores por el resto de mi vida. Nunca seré madre. Mi marido decidió que semejante piedra al cuello era demasiado pesada para él. Por eso la acarreo yo sola. Y me asfixia.

David pertenece a una de esas estirpes de Barcelona que ha tenido poder toda la vida. Son siempre los mismos, desde siempre. En esta ciudad hay una docena de apellidos burgueses que llevan siglos controlándolo todo, y mi marido lleva dos de esos apellidos. Ni él ni su familia se plantearon jamás que el heredero pudiese ser un niño adoptado. Porque esos apellidos te abren todas las puertas, pero solo si son apellidos de sangre.

¿David presentando en sociedad a un bebé con rasgos orientales, africanos, andinos? Ni hablar. Descartado. Eso sería aún peor que si se hubiese casado con una charnegueta. Así de extrema es Barcelona. Tan cosmopolita, tan pueblerina. Tan sofisticada, tan paleta. Quizás por eso me sigue pareciendo una ciudad irresistible.

Tuve que cerrar mi Instagram. No di ninguna explicación, un día sencillamente Barcelona with Cameron desapareció. Fue difícil para mí, no solo había trabajado mucho hasta llegar arriba, además era un gran negocio. Pero disimular mi transformación física y anímica habría sido aún más doloroso. Explicar lo que me estaba pasando, inviable. Las pocas que lo han intentado en circunstancias parecidas a las mías reciben frases preciosas y motivantes de sus seguidoras, pero inexorablemente el *engagement* baja y baja conforme el tiempo transcurre: no puedes ser una *influencer* de moda cuando la ropa ya no te sienta bien y ninguna de tus seguidoras quiere parecerse a ti. La lástima no funciona a largo plazo. Nunca. Con nadie. Con nada.

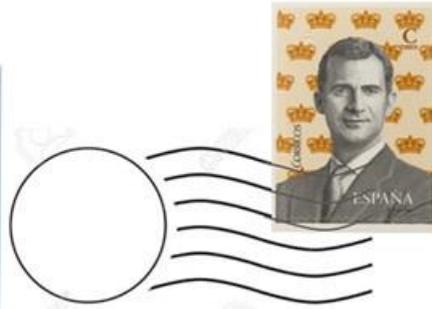
Ahora sé que mi éxito en las redes se basaba en algo muy frívolo, y todo lo frívolo es endeble. Se desploma con la misma facilidad con la que surge. Al amor de David por mí creo que le pasó exactamente lo mismo. Eva tan solo estaba ahí. Al otro lado de la calle. Una mujer hermosa, inteligente, alegre, de buena crianza. Tampoco a ella le reprocho nada. En el confinamiento pasaron mucho tiempo juntos mientras yo vegetaba por la casa adaptándome a una medicación que había que ajustar y me dejaba zombi. Mi marido se dio cuenta de que deseaba otra cosa, alargó el brazo y la cogió. Como le han enseñado a hacer desde niño. Eva estaba sola y necesitada de amor. Se dejó querer, es comprensible. Yo tal vez habría hecho lo mismo en su lugar.

Nunca desayuno. Chándal amplio y cómodo, con gafas de sol. Elijo una de mis gorras, me la encasqueto y, por encima, los cascos Apple. Max Richter. *On the nature of daylight*. En bucle, durante horas. Salgo a la calle dispuesta a cruzarme Barcelona

andando, como todos los días. Tengo trabajo que hacer, mucho. De lunes a domingo. Si no fuese por eso y por Paul, estaría ya muerta. Bajo por Diagonal observando cómo camina la gente. Siempre lo hago. Las caras engañan, la manera de andar no. Lo dice todo de ti. Caminas como eres, eres como caminas. En paseo de Gracia cruzo frente a los escaparates de ropa de las grandes marcas que antes me imantaban durante horas, pero ahora ni les presto atención. Kafka lo dijo mucho antes y mucho mejor que yo: creemos que caminamos cuando en realidad caemos.

Mientras estuve en la cumbre, no podía ni imaginarme el sufrimiento de muchas chicas de mi edad. La invisibilidad. Entrar en un sitio y que ningún hombre te mire. Nunca, ninguno. Hagas lo que hagas, por muchas horas que le dediques a estar guapa. La invisibilidad. No podía ni imaginarme lo mucho que contribuía a mi autoestima saber que, al cruzarme con un chico por la acera, él giraría la cabeza para contemplarme a gusto. Ahora que no lo tengo, sé lo importante que era eso. La invisibilidad es atroz, te vuelve absolutamente vulnerable. Ya no soy atractiva, ya no me miran. No soy deseable. Cuando tienes mi edad y te has vuelto de repente una mujer invisible, nada importa. Por mucho que te repitas que la vida tiene otros mil estímulos apasionantes, nada importa. Ni tu carrera profesional, ni tus amigos, ni el arte, ni la familia, ni el empoderamiento feminista... Si eres una mujer en edad reproductiva y te has vuelto invisible, nada importa. Y así cruzo Barcelona entera. Yendo al trabajo, escuchando *On the nature of daylight*, sintiéndome profundamente desgraciada por ser invisible. Sintiendo una imbecil egoísta que no se ha dado cuenta del sufrimiento que esto implica hasta que no me ha pasado a mí. Pero, sobre todo, cruzo Barcelona buscando a una mujer morena y hermosa con un lunar en el cuello. Una mujer que vi besando a mi marido y ni siquiera sé si existe.

Sí, fui yo la que estuvo llamándote al móvil durante cinco años con número oculto. Necesitaba escuchar tu voz. Dejé de hacerlo cuando me volví a enamorar.



Tu Postal Secreta

Apartado de correos 32224

08080 BARCELONA

Si tienes un secreto que nunca le has contado a nadie, pero quieres que el mundo conozca, has dado con la persona adecuada. Anótate mi dirección y envíame una postal. Confidencialidad garantizada. De hecho, quizás mi única utilidad en esta vida sea ya tan solo esa: guardar secretos contándoselos al mundo.

—¿Qué tal ha ido la semana, Cameron?

Paul siempre me llama por el nombre completo. Nunca lo abrevia.

—Sin novedad en el frente. Paseando y leyendo.

Del dolor puede surgir algo hermoso. Las flores de estercolero también tienen fragancia. Así nació Tu postal secreta.

—Me gusta que hagas ejercicio y te cultives. Pero decidimos que debías buscar alguna actividad con la que socializar. No puedes pasarte el día sola, andando por Barcelona escuchando en bucle música triste y leyendo en un banquito junto a un roble americano. Sabes que eso no te hace bien.

Ni siquiera a Paul le he contado en qué trabajo. Me duele mentirle, sobre todo porque, además de buen médico, es muy buena persona. Pero aparte de nuestra sesión de

psicoterapia semanal, esas postales son la única intimidad que hay ahora en mi vida. Sus remitentes han confiado en mí, no puedo traicionarles.

—Tienes razón. Te prometo que buscaré algo que hacer... para conocer gente.

—Perfecto, pero pasa a la acción. No caigas en la parálisis por análisis. Y mientras avanzamos en ese camino, una opción interesante sería empezar a escribir esa novela con la que llevas toda la vida soñando.

—Lo he intentado, pero no puedo..., tengo siempre la cabeza embotada. Las ideas no fluyen bien, aquí dentro va todo como a cámara lenta.

—Tranquila, es normal. Ya sabes que es un efecto secundario de la medicación. Pero a pesar de eso deberías intentarlo. —Sonríe, acogedor—. Recuerda que esa novela es la razón por la que dejamos de tener esta charla semanal en inglés.

Es mi médico gracias a su excelente currículum, pero también porque el doctor Paul Bernstein es de Nueva York. Nació en Brooklyn, calculo que hace unos cuarenta y cinco años, aunque quizás sean más, porque tiene uno de esos físicos a lo remero de Oxford que a los hombres interesantes les hace parecer más jóvenes. También viste muy inglés. Su padre es rabino, y por lo visto le presionó tanto en temas religiosos que a los dieciocho años Paul se cogió un año sabático para recorrer Europa. Ya nunca regresó a casa más que para visitar a su madre, a la que sigue muy unido. Se enamoró de una barcelonesa, estudió aquí la carrera, se casó y actualmente es el jefe de Psiquiatría del hospital del Mar. Un día le pregunté si no echaba de menos Estados Unidos.

—¿Un país en el que el Congreso aprobará cualquier día una ley para prohibir que los niños usen armas de fuego con piezas pequeñas que puedan tragarse accidentalmente? No, gracias. No echo de menos ese país.

Yo sí echaba de menos ese sentido del humor tan neoyorquino.

—¿Ponerme a escribir la novela... ahora? Siento que no es el momento, Paul. Ese libro es para mí muy importante..., es un sueño, como el de ser madre. Por culpa de las pastillas nunca tendré un hijo, no quiero que también estropeen mi novela. Entonces... entonces no me quedaría nada.

Ahora quiero llorar, pero no puedo. Las píldoras hacen eso. Me taponan por dentro. Nada fluye en mí. Es muy raro, no me gusta. Como estar bañándote en el mar y no sentirte mojada.

—Esos pensamientos tan derrotistas, en primer lugar, no te ayudan, y en segundo lugar, son incorrectos. Conforme vayas estabilizándote, podemos probar a reducir la medicación, o a cambiártela. Te quedan por delante quince años de fertilidad, no tienes por qué renunciar a tu sueño de ser madre. Y mucho menos al de ser escritora. Pero incluso en el caso de que no tuvieses hijos, eso no implica la imposibilidad de una vida plena.

—Sí, lo sé..., es solo que...

Poco a poco mi lamento va muriendo.

—¿Está semana ha habido alguna visita?

Me sonrío. Es el eufemismo que hemos pactado para referirnos a los brotes psicóticos, en mi caso fundamentalmente voces y alucinaciones visuales.

—Nada. Estoy limpia. —Le devuelvo la sonrisa.

—Eso está muy bien... —Meticuloso, anota con su Montblanc algo en mi ficha—. Llevamos ya casi un año sin visitas. Sé que la medicación ha afectado a tu calidad de vida, pero está funcionando.

—Bien por ella. ¿Nos tomamos una cervecita para celebrarlo? —de nuevo le sonrío, socarrona.

—¿Cómo llevas ese tema?

—Mejor. Esta semana solo he bebido... una vez. —Mi voz y toda mi gestualidad se avergüenzan.

—¿Donde siempre?

—Sí. Sigo yendo cada noche.

Se reclina en su sillón. Suspira, parece un padre comprensivo al que una hija adolescente frustra.

—¿Por qué lo haces, Cameron? ¿Por qué vas allí cada noche?

—Porque sigo enamorada de él.

—Pero eso te genera dolor.

—Bienvenido a mi país.

Es médico, y de los buenos, debería saberlo: la depresión puede ser una forma de vivir. Una forma de pasear por el mundo recorriendo las riberas de uno mismo.

—Dudo mucho que eso que sientes por David se pueda calificar de amor. Creo más bien que es una dependencia emocional. La pena puede parecerse mucho al miedo... y el miedo puede parecerse mucho al amor.

Lo que ha dicho, en efecto, me asusta. Porque me aleja de uno de los pocos asideros que me mantienen con vida. Por eso reacciono a la defensiva.

—No siento ni pena ni miedo. Tan solo le quiero.

—Esto ya lo hemos hablado muchas veces, pero podemos volverlo a trabajar si quieres —me dice comprensivo—. No dudo que tú le quieras, porque tienes un corazón generoso lleno de bondad. Pero te aseguro que él no está enamorado de ti. De hecho, dudo que alguna vez lo haya estado.

—¿Por qué... por qué dices eso? —Siento cómo mi boca se seca; la lengua me parece ahora papel de lija.

—Las personas nos definimos por lo que hacemos, no por lo que decimos. Y el comportamiento de David refleja una falta total de empatía, comprensión y simple humanidad.

—Eres muy duro con él.

—No lo creo. David es un narcisista, ese tipo de personas solo se quieren a sí mismas. En el fondo, lo que deberías sentir por él es lástima, con ese nivel de egoísmo nunca amaré de verdad. Si estás tan obsesionado con tu yo, no puedes entrar en el yo de nadie más. Y en eso consiste enamorarse.

—No... no..., la culpa fue mía..., no puedo darle un hijo..., las pastillas me han hinchado, estoy fea, ya no soy alegre como antes..., mi ingenio se ha esfumado... junto con mi libido...

—Cameron, para, por favor. No te hagas eso. No te lo mereces. El amor es otra cosa.

—Te equivocas..., yo sé lo que siento...

—El amor no es una hoja Excel donde anotas debe y haber. Nadie que te quiera así te quiere de modo honesto, porque el amor es ante todo generosidad. Generosidad y verdad, rasgos que David no tiene y a ti te sobran. No hay amor sin generosidad y verdad. Duele, da miedo, pero es el único camino. Cualquier atajo que tomes, puedes llamarlo como quieras, pero no es amor.

Su equilibrio me abrumba. Pero me equilibra a mí, porque es contagioso: poco a poco, me siento más y más avergonzada por anhelar todavía a un hombre que es indigno de mí y de cualquier mujer que se valore mínimamente. Paul parece leerme la mente.

—La esquizofrenia es una enfermedad muy biológica. No tienes nada de lo que avergonzarte, como no te avergüenzas de tu color de ojos o de tu estatura.

Incapaz de sostenerle la mirada, tampoco quiero humillar la mía. Por eso giro el rostro y me observo en el soberbio espejo que hay colgado en el salón de este piso señorial de la calle Balmes, donde Paul montó hace diez años su consulta privada.

—La noche que bebiste ¿tuviste alguna ausencia?

—No, tan solo me desmayé..., amanecí en el suelo de la cocina, me había acabado la botella de vino.

—¿Te hiciste daño al caer?

—No, estaba bien. Bueno, el dolor de cabeza habitual. Y el zumbido en las sienes. De nuevo suspira.

—Sabes que lo del alcohol tiene que acabar. La interacción con la medicación es peligrosa.

—Sí, lo sé... Intentaré controlarlo.

—¿El chico inAmorAti hizo acto de presencia? —Para relajar el ambiente alza las cejas y pone una boquita de piñón muy cómica—. Quizás debemos darle una oportunidad a ese hombre misterioso.

Me guiña un ojo con mucha gracia.

—Sí. Esta semana apareció en el radar.

—¿Y esa sonrisita?

—Bueno..., no te voy a negar que me hace ilusión poder gustarle a alguien. Pero su foto de perfil es un piano de cola, lo cual significa que es un cincuentón con barriga y calvo que lleva a sus espaldas dos divorcios y tres hijos.

—O quizá tan solo significa que le gusta la música clásica. Y aunque fuese como tú dices, si ese cincuentón calvo y con barriga está dispuesto a quererte con generosidad y con verdad, yo creo que habría que darle una oportunidad. Él le dio al *match*, ¿por qué

no haces tú lo mismo y así al menos podéis escribiros en la aplicación? No te compromete a nada.

Como me negaba a hacer ninguna actividad para socializar en el mundo real, Paul me aconsejó que al menos me descargara alguna aplicación para conocer gente. A desgana, elegí inAmorAti, tan solo porque el nombre me hizo gracia, los juegos de palabras combinando tres idiomas siempre me han gustado. Antes, cuando era deseable, pensaba que las mujeres que estaban en esas webs eran unas perdedoras. Jamás se me pasó por la cabeza que yo acabaría en una. Y menudo baño de humildad: solo me ha *matcheado* un hombre. De entre los cientos de miles de machotes que hay en Barcelona con la testosterona saliéndoseles por las orejas, solo un *match*. Todo un éxito. Me siento como una surfista en Bolivia.

—De momento no me apetece que me escriba.

—¿Por qué?

—Querrá conocerme, en persona.

—¿Qué hay de malo en eso?

—Sé que le decepcionaré... A nadie le gusta llegar a una fiesta en la fase ceniceros desbordados, suelo pegajoso, me tiro a esa gorda porque es la única que queda consciente.

—No hables así de ti, por favor.

—¡Pero si es verdad! Cuando un hombre busca a una mujer, eso es lo que ve en mí.

—No voy ni a molestarme en discutir lo que acabas de decir, ya lo hemos hecho en muchas ocasiones. Eres una mujer maravillosa, y el hombre que no sepa verlo, peor para él. En cualquier caso, me alegra que inAmorAti te haya generado una ilusión. Aunque sea pequeña, esos avances son importantes.

—Ya ves tú..., cosas de Internet: la joven rusa que quería conocerte se casa con el empresario nigeriano al que no quisiste ayudar.

Suelta una carcajada muy fresca. Los rizos de su pelo trigueño vibran con la risa.

—Nunca pierdas esa chispa, es tu mejor medicina. —Coge su taza y se acaba el té—. Freud decía que la única cura auténtica a la neurosis es el humor. Porque las risas son como un trauma, pero al revés.

—¿Un trauma en positivo?

—Eso es. Solo ellas son capaces de limpiar a fondo nuestra mente y desinfectarla cuando esta se ensucia con pensamientos oscuros. No hay higiene mental sin risas. No hay verdadera felicidad sin risas. Ellas son el canario en la mina: cuando no cantan, algo anda mal por ahí dentro.

—Pero yo no me río desde hace dos años...

—Lo sé. Pero te aseguro que eso cambiará. Te lo prometo, confía en mí.

Estar casada me gusta. Ser la esposa de David me hace sentir la mujer más envidiada de Barcelona. Fue hace un mes, todo muy discreto, nada de fiestas, banquetes ni recepciones. Siendo quienes son en la ciudad, mi familia política se mostró indignada. Solo se casan en secreto los ladrones, los pobres o las folclóricas embarazadas, dijeron. Pero yo no podía correr riesgos, le puse una excusa a David y él se impuso. Eso me excitó, que se enfrentara a los suyos por mí. Menudo lío se armó... Son una casta. Presumen de no haber bajado jamás de la Diagonal. Pero esta madrileña sin estudios criada en Parla hace con ellos lo que quiere. Por una sencilla razón: sé manejar a mi marido.

A David hay que saberlo llevar. Necesitaba un hombre como él en mi vida. Arrogante, seguro de sí, que nos pueda proteger a mí y a María si pasa algo. Es un macho alfa, dominador. Nadie le toca lo que es suyo. De hecho, creo que en el contexto propicio podría llegar a ser violento. Pero claro, habiéndose criado en la zona alta de la ciudad, ese contexto es poco frecuente. Si la situación hubiese sido a la inversa, si Cameron le abandona por el vecino, no quiero ni imaginarme lo que habría llegado a hacer David. Pero no vale la pena pensar en eso, porque no es lo que sucedió. Lo que sucedió es que se enamoró de mí, y solo eso importa.

Durante el confinamiento pasamos mucho tiempo juntos. Como tan solo había que cruzar la calle, y en esta zona tan solitaria la Policía patrulla de uvas a peras, yo iba a su chalet y él al mío continuamente. Estaba muy afectado por la situación de Cameron. Yo le apoyé de modo honesto. Ella me cae bien, diría que incluso llegué a apreciarla, siento mucho lo que le ha pasado. Pero un día, mientras David me ayudaba a apilar unos trastos

en el garaje, lo vi en sus ojos. El deseo. Ese pequeño aparatito que todos llevamos dentro, ese insignificante carburador que lo cambia todo. El deseo.

Conseguir que saltase la chispa fue de lo más sencillo. El pobre hacía meses que no tenía sexo. Durante unas semanas me mostré indiferente. Pero el día elegido me puse un *top* escotado de tirantes y los *shorts* más ajustados que tengo. No parecía una fulana pidiendo guerra, eso sé que no le hubiese gustado, pero sí le daba un acceso fácil a mi intimidad que sin duda activaría su imaginación. Justo lo que yo quería que se le activase ese día: iba a venir a ayudarme con la piscina. Durante el confinamiento tuvimos que hacerlo todo nosotros, el servicio nos dejó en la estacada.

—Vamos, te invito a un granizado de limón riquísimo que he preparado esta mañana. Con el calor que hace y después de lo que hemos trabajado, creo que nos lo merecemos.

Mi concepción del sexo no es demasiado romántica. Disfruto con él y sé sacarle partido, ya está. Algunas piensan que eso no es muy femenino, allá ellas. Las chicas buenas van al cielo, las malas donde quieren. Y yo me fui con David a la cocina a tomarme un granizado. Fingí no alcanzar unos vasos muy bonitos que había dejado adrede en lo alto de un armario. Se acercó por detrás para ayudarme, caballeroso como siempre. En un aparente descuido rocé mi trasero contra él, y allí lo dejé. Pude sentir de inmediato cómo algo muy grande y muy duro crecía pegado a mi cadera. Me volvió loca saber que todo eso estaba pasando en ese cuerpo, gracias a mi cuerpo. No me moví ni un milímetro, a pesar de que ambos sabíamos lo que estaba sucediendo. Giré el rostro hacia él, con mirada gatuna pero ladeando la cabecita, para parecer sumisa. Azorada.

Él me besó. Fue él, lo juro. Aunque confieso que acogí su beso con apetito. Al percibirlo, David se desbocó. Desde atrás cazó con una mano mi pecho, mientras con la otra me bajaba de un tirón los *shorts* y el tanguita, todo a la vez. Mordiéndome el cuello,

me penetró de manera brusca, incluso violenta. Nunca un hombre me había llenado así. Recuerdo cómo a través de su miembro sentía palpitar el corazón de David en mis entrañas.

Con lo inteligente que es, y mi marido ni sospecha que su ex nos vigila cada noche desde su antigua casa. Los hombres son tan tontos para algunas cosas... Un día la descubrí por casualidad entrando a hurtadillas. Supongo que es el último refugio que conserva: contemplar cómo podría haber sido su vida. Le estoy guardando el secreto, me parece cruel quitarle lo único que le queda. Además, la conozco bien, sé que es inofensiva. La pobre se atormenta viéndonos vivir como la familia feliz que somos, tan solo eso. La frontera entre el dolor y el placer puede llegar a ser muy tenue, lo sé bien, y supongo que ella juega a eso. Me disgusta que la pobre sufra, pero desde luego, no puedo permitir que se interponga de ningún modo entre mi marido y yo. Por eso cuando hacemos el amor por la noche enciendo la luz y abro las cortinas. Para que sepa que David es mío. Que disfruta de mí como jamás ha disfrutado con ella. Lo hago para marcar mi territorio.

Como cada día, abro el cajetín de mi apartado de correos. Expectante. Soy ese marinero que saca la red: ¿cómo se habrá dado esta noche la pesca? Hay unas cien postales. Buena captura. Recibo unas tres mil al mes. Las meto en mi mochila y salgo del edificio de Correos, frente al puerto. No llevo las gafas de sol: el brutal chasquido de luz estalla en mi cabeza como las bolas tras el primer tiro en una mesa de billar.

—Joder... —Rebusco en mi mochila y al final las encuentro; ya con las gafas puestas, vuelvo a sentirme segura: desde que me medico, la luz directa del sol puede producirme migrañas—. ¡Taxi!

Todos los días camino desde aquí hasta el cercano parque de la Ciutadella, leo un rato en el banquito que hay junto al roble y me vuelvo a casa como vine, paseando durante hora y media. Pero hoy tengo un poco de prisa, el váter se ha embozado y a las cinco espero al fontanero.

—A la calle Dalmàcia, número 10.

—A mandar. —Fundas de ganchillo, suena la COPE, estampita de la Virgen del Carmen, patrona de los conductores—. ¿De dónde es usted? Dígamelo tranquila; aunque sea extranjera, voy a llevarla directita adonde me ha dicho, sin rodeos.

—Estados Unidos. —Se le ve un buen hombre, pero yo no quiero que me den conversación.

—¡Pues menuda tienen montada allí! ¡Estamos en marzo de 2022 y ya hay quien dice que en las elecciones de noviembre del 2024 los candidatos serán Trump y Biden! ¿Usted qué cree? ¿Se acabarán enfrentando esos dos?

Tengo que cerrarle la boca.

—Supongo que sí, se enfrentarán... si consiguen recordar quién es quién.

Como sospechaba, no es capaz de captar el sarcasmo. Opta por sonreír, inseguro. Es un sencillo taxista que tan solo pretendía ser amable. Pero desde que estoy mal, la simpatía ajena me da pereza. *I'm trash*. El resto del trayecto transcurre en silencio. Yo, con la frente apoyada contra la ventanilla, hago lo de siempre: observo a la gente en las aceras, buscando a una morena guapa con un lunar en el cuello. Es curioso, vi una chica degollada en mi cocina, pero la imagen que no me quito de la cabeza es la de esa mujer besando a mi marido.

—Son quince euros. No acepto dólares.

No le río la broma final. Ni lo merece ni estoy de humor. A cambio, le doy un billete de veinte y salgo sin decir nada ni esperar las vueltas.

—Hola, Mister Cohen. ¿Me has echado de menos?

Entro en el despacho y saco el mazo de postales. Quizá el mejor momento del día sea este: leerlas, revisarlas y seleccionar las cinco elegidas. El timbre de casa me interrumpe.

—Soy el fontanero.

Abro la puerta: madre del amor hermoso. Menudo desatascador. ¿Por qué no pasamos del váter y nos largamos a un riachuelo prístino en medio de los Pirineos para que allí, desnudos los dos, puedas lavarme la cabeza con tus manos musculosas, enjabonándome y enjuagándome el cuero cabelludo con un ligero masaje orgásmico?

—Ahí está el váter. No traga bien.

Me insinuaría, pero ¿para qué? Actuar como si se tuviera algo y tenerlo de verdad no es lo mismo. Los hombres calvos con peluquín suelen olvidar esa gran verdad. Y así es justo como me siento yo, como uno de esos pobres desgraciados.

—Está embozado, en un periquete lo apaño.

—Estoy en mi despacho trabajando. Cuando acabe, dé un grito y vengo.

—¡Oído cocina! A mandar.

En cada postal alguien me confiesa un secreto, siempre anónimamente. Solo pongo dos condiciones: que se redacte a mano y que sea un verdadero secreto que jamás haya sido revelado a nadie. Cada día fotografío cinco de esas postales, las que me parecen más auténticas, y las subo a la cuenta de Instagram que creé cuando tuve que cerrar Barcelona with Cameron. La llamé Tu postal secreta, en castellano. Solo acepto las redactadas en español. Con mi experiencia en redes sociales, y cuidando al máximo las cinco postales elegidas cada día, fui creciendo en seguidores de un modo frenético. El confinamiento ayudó: la gente, encerrada, quería compartir. Ya tengo casi un millón de seguidores, la mayoría de aquí, pero también muchos sudamericanos. Todo el mundo se pregunta quién está detrás de Tu postal secreta, y ese misterio me gusta. En Barcelona with Cameron yo era el centro, ahora me muevo entre bambalinas, no podría ser de otro modo. Pero la sensación es la misma: alguien espera algo de mí. Si a las cinco postales que subo cada día le sumara una sexta publicitaria, podría sacar un buen dinero. Pero no. Este proyecto quiero mantenerlo puro. Él es la única vida que hay ahora en mi vida.

—Señora, ya he acabado... ¡Madre mía! ¡Cuántas postales! ¡Debe haber miles y miles!

No sé qué me duele más: si lo de «señora» o su intromisión. El fontanero contempla con ojos como platos las baldas de mis estanterías, que cubren las paredes desde el suelo hasta el techo. Atestadas con mazacotes de postales.

—¡Le he dicho que diese un grito, que yo acudía! —Mientras él sigue mirando alucinado, le empujo hacia el pasillo: Dios mío, qué duro está—. Largo de aquí.

—Yo era por no molestarla... Sí que debe usted de tener amigos. A mí hace años que nadie me envía una postal...

—Sí sí..., muy bien. —Ya estamos en la puerta de casa—. ¿Cuánto le debo?

Me da la factura.

—¿Cincuenta euros de desplazamiento?! Pero ¿cómo te mueves tú por Barcelona? ¿En una calesa tirada por seis alazanes?

—Qué cosas tiene... La vida está muy cara, y le he hecho un trabajo de bandera, ese váter ya no le dará problemas, pero deje de echar bolas de pelo...

Le doy dos billetes, sobra dinero, pero le empujo fuera sin esperar el cambio y cierro en sus narices. Me ha puesto muy nerviosa que descubra mi guarida. Nadie ha visto jamás esa habitación, excepto yo. Apoyo la espalda contra la puerta e intento tranquilizarme.

«Es tan solo un fontanero ignorante, sin imaginación, no tiene ni idea de lo que ha visto, no podría atar cabos ni aunque su novia le dijese que es fan de Tu postal secreta...»

Me paso la tarde dando vueltas nerviosa, pasillo arriba pasillo abajo, con Mister Cohen rondándome los tobillos. Cualquier incidente me altera, por eso no quiero conocer gente ni socializar. Ideas absurdas acuden a mi mente, peligros sin sentido, que me generan ansiedad.

«El fontanero me descubrirá, me pedirá dinero, me chantajeará para no delatarme... Si pierdo el anonimato mis seguidores perderán la confianza en mí y Tu postal secreta se irá al garete».

Empiezo a sudar, me zumban las sienes, palpitaciones. Estoy tentada de llamar a Paul, pero no podría desahogar mis miedos, ni siquiera él sabe nada de Tu postal secreta. Opto por beber. Abro una botella de vino y me la empino a morro. Sin copas ni vasos. En cinco tragos la finiquito. Me desplomo en el sofá. Ni tan siquiera me da tiempo a ver esas estrellitas que anteceden al desmayo.

*

Abro los ojos, dolorida. Es ya de noche. Estoy en el suelo de la cocina de mi antigua casa. No sé cómo llegué hasta aquí. He tenido una ausencia. Espero no haber molestado a nadie, no haberme puesto en evidencia, que Mister Cohen esté bien. Espero no haber alterado el orden público, como la otra vez. Si mi vida ha corrido peligro me da igual. Eso ya no me importa. Ojalá acabase todo de un modo rápido e indoloro. Ojalá tuviese el valor.

Me agarro a una silla para levantarme. Estoy hecha un desastre. Los faldones de la camisa por fuera del pantalón, varias manchas de vino, huelo a sudor. Palpo los bolsillos del abrigo. Tengo la cartera, las llaves de casa y el móvil. Menos mal. Enciendo la pantalla, hay un aviso: el chico inAmorAti está dentro del radio que configuré en la aplicación. Quinientos metros. Debe de ser un vecino de la zona, que trabaja a turnos o viaja mucho, porque unas noches está y otras no. El dolor de cabeza es terrible. En medio de la oscuridad contemplo la pantalla del móvil. En ella tal vez esté mi futuro. Alzo la vista, y al otro lado de la calle veo mi pasado. Me meto el teléfono en el bolsillo sin darle al *match*. Como siempre, es mi pasado el que tira más fuerte de mí.

La familia está cenando en la cocina. Todo muy agradablemente normal. María y David parecen llevarse bien. Pero la relación entre madre e hija es a todas luces tensa. En los tiempos que corren no debe de ser fácil lidiar con una adolescente. Recogen los platos, Eva se queda aseando la cocina, María sube a su cuarto. David se va al salón para sentarse frente al televisor: el gran guerrero debe descansar tras una dura jornada batallando mientras su hembra adecuenta el hogar. Todo muy casposo..., pero me acuerdo de cuando yo hacía lo mismo. Y deseaba dejar la cocina limpia cuanto antes para estirarme en el sofá y apoyar mi cabeza sobre el regazo de David. Él cambia de canal con una mano. Con

la otra coge distraído su móvil y trastea. En mi bolsillo suena el mío. Nuestra melodía. Se me acelera el corazón. Temblando cojo el teléfono: es él. Me está llamando a mí mientras yo le observo a través de la ventana, en su nuevo hogar, viendo la tele.

—Hola. —Intento parecer serena—. ¿Qué tal?

—Hola, Cam. —Cuando estábamos juntos me llamaba siempre *princesa*; cada vez que ya no lo hace, siento una puñalada—. ¿Cómo va todo?

Su tono es relajado. De vez en cuando, cada dos o tres meses, me telefona. Se siente culpable, tan solo quiere saber cómo estoy. Y yo, tonta de mí, vivo esperando esa llamada. Que él me hace mientras está más atento al partido de fútbol que ve en su televisor.

—Todo en orden. De maravilla. ¿Y tú?

—Genial. En casa las cosas marchan bien.

En tu nueva casa, con tu nueva familia, en tu nueva vida. Llena de planes y complicidades con las que yo ni puedo soñar. Eres esa rata que abandonó el barco en cuanto vio que empezaba a entrar agua.

—Oye, Cam, ¿te pillo en buen momento?

—Sí, claro, puedo hablar..., estoy esperando a un amigo, nos vamos a cenar, pero aún no ha venido.

Conforme pronuncio la mentira, me abochorno: ¿por qué intento ponerle celoso? Es patético, especialmente viendo al pimpollito sexi perfecto que ahora mismo está llenando el lavavajillas en su cocina.

—Eso está bien, me alegra que te distraigas. Yo aquí sigo, en el despacho, esta empresa va a acabar conmigo. —¿Por qué me miente? ¿Qué necesidad tiene? ¿Lo hacía ya cuando estábamos juntos?—. La última vez que hablamos me dijiste que estabas planteándote trabajar, ¿has empezado ya?

Le da igual si ceno con un hombre. O llamarme estando su esposa en la habitación de al lado. De hecho, le da tan igual que en estos momentos vuelve a cambiar de canal. Es humillante, o al menos, yo lo siento así.

—No..., de momento creo que estoy mejor sin trabajar..., necesito tiempo para...

A Eva seguro que no le importa que hable con su ex. David incluso podría quedar a cenar a solas conmigo, y ella nos reservaría el restaurante encantada. Para ella soy inofensiva. Gorda, hinchada, fea, chiflada. ¿De qué preocuparse? No soy rival.

—... me tienen muy ocupada los borradores de la novela, me gustaría empezar a escribirla el mes que viene.

—¿Vas a ponerte ya con el libro?!

—Sí. El argumento está estructurado, el perfil de los personajes también. En un año quiero tenerlo listo.

Salgo a cenar con un hombre, trabajo en proyectos literarios, soy feliz, no tengo nada que reprocharle... Yo también le miento. Para no darle pena. Despertar lástima es lo más antierótico en la lista inconsciente de cosas antieróticas que todo hombre lleva en la cabeza. Quizás solo superado por una mujer con bragaza reglera, sujetador deportivo, piernas sin depilar y media calcetín por la pantorrilla. Que es justo como me vería David si cruzase la calle y le apeteciese desnudarme.

—Eso estaría genial. Espero que me saques.

—¿Que... que te saque?

—En tu novela. Nunca he salido en una, me haría mucha ilusión.

—Sí, claro... —Lo dice en broma, pero su buen humor me desencaja—. Tengo que dejarte, Pedro ya está aquí.

—Salúdalo de mi parte. Espero conocerle algún día, si lo vuestro llega a buen puerto.

—Sí, claro..., es solo un amigo. A ver si quedamos un día para tomar un café, hace tiempo que no follamos. ¡Hablamos! ¡Quería decir hablamos!

—Claro, cuando quieras...

—Buenas noches. Te dejo. Adiós.

Le cuelgo, aturullada. Él para mí sigue siéndolo todo, y constatar mi insignificancia en su vida me duele. Pero como dijo no recuerdo quién, entre el dolor y la nada, prefiero el dolor.

*

Como un búho, sigo oteando la noche. Ahora la pareja ve una película en el salón. María les dice algo desde la puerta y sale al jardín. Le engancha la correa al dálmata y se lo lleva a la calle. Con la parcela tan grande que tienen es innecesario, pero utiliza al perro como excusa: pasean siempre avenida Pearson abajo hasta el arranque del pasaje de la Font del Lleó. En su cruce con la avenida Pearson, desde hace unas semanas casi todas las noches a María la está esperando alguien. No sabría precisar su edad, está oscuro y desde esta cocina es imposible distinguirlo con precisión. Viste bien, nunca con chándal. Se le ve corpulento, con una complexión fuerte. Cada noche se abrazan en cuanto se ven. ¿Será su novio? No creo, porque nunca se besan en la boca, siempre en las mejillas. Quizás él aún no se ha decidido, todavía la está cortejando... De todas las que conozco, es quizás la palabra más hermosa del castellano, lástima que esté cada vez más en desuso: cortejar.

Tras el saludo, siempre se sumergen en las sombras del callejón. Fuera del alcance de miradas indiscretas, incluida la mía. Me da mucha envidia María. Es una adolescente

con toda la vida por delante que se reúne cada noche en secreto con un chico que la pretende.

¿Volverá a sucederme eso a mí algún día?

Cameron

—¿Por qué crees que te ha afectado tanto la llamada de David?

Reflexiono antes de responderle a Paul.

—En un tarro de vidrio vacío, una pequeña moneda de metal es escandalosa cuando lo agitas, ¿verdad?

—Sí, en efecto.

—Pues esa soy yo ahora, un tarro vacío. La llamada de David es esa moneda de diez centavos, sin valor, insignificante. Pero reverbera en mí de una manera exagerada porque no tengo amigos, ni vida social, pareja, familia, ilusiones. Expectativas. Sé que no debo sobrevalorar esa llamada por culpa del eco que produce en mis paredes interiores, en mi vidrio..., pero me es imposible no hacerlo.

Paul permanece unos segundos en silencio antes de hablar. Cuando hace eso, siempre me pregunto qué estará pensando, pero el dilema dura poco porque él enseguida me lo cuenta. En ese sentido, es un hombre sin misterio. Eso le resta atractivo, pero le hace ser mejor médico.

—Cameron, me gusta lo que has dicho y, sobre todo, cómo lo has dicho. Esa manera tan precisa y preciosa de narrar tu mundo interior no solo te permite crecer como persona, además te va a convertir en una gran escritora, estoy seguro de ello.

Doy gracias por haber conocido a este hombre. No sé qué habría sido de mí sin su ayuda. Y aunque no sea mérito de mi exmarido, es a David a quien debo agradecerle que Paul entrase en mi vida. Dios nos da la llaga... pero también el ungüento. Pocos meses antes de mi brote psicótico, cuando yo ya tenía síntomas de mi enfermedad pero no les había dado importancia, acompañé a mi marido a la final de un torneo de pádel organizado

por el club. David y su pareja perdieron frente al equipo de Paul. En el cóctel posterior, tras entregarse las medallas, le conocí. Mi marido ni se acercó a saludar, no encaja bien las derrotas. Demasiado ego. Al ser los dos americanos, entablamos una conversación cómplice llena de sarcasmo y nostalgia burlona hacia nuestro país. Volvimos a coincidir unos meses después en una recepción del consulado estadounidense, ofrecida a los americanos residentes en la ciudad que habíamos tenido éxito en nuestras respectivas profesiones. De nuevo, la charla con Paul fue encantadoramente frívola. Cuando meses más tarde se hizo evidente que necesitaba un psiquiatra, supe que debía ser él. Precisaba de alguien que fuese un buen profesional, pero con el que también sintonizase emocionalmente y que compartiese mis mismos referentes culturales. Paul era perfecto. Y acerté de pleno con mi decisión. Al principio yo estaba tan destrozada que me vino muy bien poder hablar en inglés. Cuando mejoré y Paul supo que llevaba diez años sin conversar con nadie en mi idioma, porque soñaba con escribir una novela en español, consideró que era muy conveniente para la terapia retomar los retos previos a mi enfermedad. Y desde entonces no ha vuelto a hablarme ni una sola vez en inglés.

—¿Por qué no soy capaz de llenar otra vez mi vida? ¿Por qué el tarro sigue vacío?

Yo antes... tenía amigos, proyectos..., pero ahora no me apetece nada.

—Creo que te equivocas. Ese vacío estoy convencido que viene de mucho más atrás.

—¿A qué te refieres?

—¿Nunca te preguntas cómo acabaste casándote con alguien tan mediocre humanamente como David, y por qué a pesar de lo que te ha hecho sigues enganchada a él emocionalmente?

Paul lo ha dicho con la educación y delicadeza que siempre emplea al hablar conmigo. Pero sus palabras han resonado en mi cabeza como los cascos de un caballo bien herrado galopando loco sobre el mármol de esta consulta.

—Me enamoré de él...

—En efecto. Y estoy seguro de que ese sentimiento fue genuino y puro. Por lo que hay que dar un paso más y hacerse la siguiente pregunta: ¿quién decide de quién nos enamoramos?

—No lo sé..., ¿quién?

—La infancia.

Sus ojos color miel lo suavizan todo.

—Ahora no... no te sigo.

—La infancia es ese secuestrador del que conseguimos escapar, pero a cambio de una promesa: para dejar de ser mi rehén, una parte de ti se quedará siempre conmigo.

Las palabras me van calando poco a poco. Él lo sabe, y les deja su tiempo.

—Cameron, el vacío que sientes ahora viene de muy lejos. De cuando eras una niña y tu madre determinó los límites de vuestra relación. Y lo hizo de un modo cruel: el dolor de no sentirse amado cuando más vulnerable eres es un lastre muy difícil de sobrellevar.

Me falta el aire. Lo que da en el blanco adquiere vida propia. Crece, se reproduce, coloniza, su vigor arrasa con todo. Como la hiedra. Por eso ahora dentro de mí una maraña de vegetación furiosa sofoca mis pulmones.

—Sí..., es verdad. Que... que mi madre no haya venido a visitarme desde que comenzó todo esto..., que solo me llame por teléfono, que no venga a cuidarme..., me duele..., me duele como si estuviesen arrancándome pedazos de carne.

—Lo sé. Aunque hasta ahora jamás me lo habías verbalizado. Y esa es una de las razones por las que lo sé: ni tan siquiera te atreves a hablar de ello. Pero ahí está el origen de todo, y debemos afrontarlo. Durante tu adolescencia y juventud, para tapar ese vacío existencial, rellenaste tu vida con amigos, novios, proyectos... Los chicos iban detrás de ti, tus seguidoras de Instagram te adoraban, viniste a vivir a una ciudad europea llena de estímulos. Resumiendo: rellenaste ese gran vacío con frivolidad. Sé que la enfermedad que sufres te parece algo terrible, pero tienes algo que agradecerle, algo importante.

—¿Qué?

—El dolor.

—El dolor... —Quiero llorar, pero no puedo—. ¿Para... para qué me ha servido tanto dolor?

—El dolor nos sirve para comprender.

Siento que me están diseccionando en vivo y sin anestesia, para salvarme la vida. El aroma a madera de la colonia que siempre usa Paul es ahora lo único agradable que percibo.

—Pero... pero ¿qué tiene que ver todo esto con... con David?

—Intentar conquistar a un hombre que no se deja querer, contentarle para quebrar su inaccesibilidad emocional, fundamentar tu autoestima en alguien impredecible, egoísta e imposible de satisfacer, que solo piensa en él...

—No sigas, sí..., capto la idea. Eso es lo que llevo haciendo toda la vida con mi madre.

—En efecto. Pero tú no tienes la culpa: es lo que te enseñaron a hacer de niña. Por eso creo que ese vacío que sientes ya lo sentiste hace muchos años, antes de que te dejara David. En la infancia.

—¿Y aún... dura?

—Y durará para siempre si no lo afrontas.

—Para siempre...

—Sí, para siempre. En psicoanálisis a ese fenómeno se le llama *compulsión de repetición*: caerás en el mismo patrón una y otra vez. Aparecerá un David tras otro, y todos te harán muy infeliz.

—Eso que dices... es terrible.

—Lo sé. Elegimos como pareja a esa persona que permite sobrevivir a las creencias que aprendimos cuando éramos niños. Aunque sea a costa de que nosotros no sobrevivamos.

—Y en mi caso..., ¿cuál es esa creencia?

—Tu madre te hizo creer algo profundamente erróneo: que eres indigna de amor.

David tan solo te ha permitido confirmar esa creencia.

Por fin lloro. De un modo sereno, mientras contemplo a Paul. Él me acerca una caja de clínex.

—¿Sabes... sabes lo que echo mucho de menos? ¿Más que nada?

—¿Qué?

—Que alguien me toque. Sentir una piel.

Se levanta de su sillón, rodea la mesa y me toma la mano. Cuando me pongo en pie, entre lágrimas, me abraza del modo más cálido que me han abrazado jamás.

—¿Qué puedo hacer..., qué puedo hacer para salir de esta trampa? ¿Hay escapatoria?

—Por supuesto que la hay. —Sus palabras y el calor de su cuerpo me reconfortan—. Tan solo tienes que actuar.

—¿Cómo? —Me aferró a él, y lloro.

—No confirmando nunca más tu creencia, tan errónea. No acercándote a hombres indignos de ti, que no te quieren, no te cuidan, no te respetan. Solo así dejarás de ser rehén de ese secuestrador que te raptó cuando eras una niña.

Por fin. Lo he conseguido, soy muy feliz. Me he quedado embarazada. Vengo de la farmacia, por segunda vez, con otro Predictor que ha vuelto a dar positivo. La semana que viene iré al ginecólogo, pero quería estar segura antes de decírselo a David. Esta noche le daré la noticia. A lo mejor mientras se está duchando, entro en la bañera y se lo susurro al oído. Me apetece celebrarlo abrazada a él, bajo el agua, mientras me sostiene en el aire agarrándome fuerte por el trasero. Dice que eso es lo que más le gusta de mi cuerpo de muñequita, que puede hacer con él lo que quiera. David no es de esos hombres con los que un polvo en la ducha se transforma en una desesperada odisea para mantenerte con vida. Cuando mi marido me folla en la bañera yo me siento una sacerdotisa egipcia.

Se alegrará, hace meses que lo buscábamos. Con un hijo de los dos sé que nunca me abandonará. Tal vez tenga algún escaqueo, en su trabajo hay becarias jóvenes muy monas, pero eso no me importa. Los hombres como él necesitan de vez en cuando sentirse cazadores. Pero sé que volverá a mí, esas zorras son ermitas, yo a partir de ahora seré ya para siempre la catedral. David no plantará a la madre de sus hijos. A mí no me hará lo que le hizo a Cameron, porque yo sí le voy a dar lo que más desea: un heredero. Su familia por fin nos dejará en paz, menuda matraca he tenido que soportar. Panda de cretinos. Para ellos la Diagonal es The Wall, y aquí en Pedralbes esos putos pijos se creen The King in the North. Pero que se anden con ojo porque aunque finjo ser una de ellos..., en el fondo soy madre de dragones, la que no arde, rompedora de cadenas. La reina loca.

Espero que este embarazo sea diferente. Con María fue todo muy difícil. Estaba sola, sin nadie que me ayudara, era pobre y muy joven. Pero deseaba tanto ser madre que pude con todo. Lo deseaba con mi alma entera, de una manera obsesiva, me levantaba y

me acostaba pensando en ello. Si se lo hubiese pedido, estoy segura de que él me habría ayudado, pero yo no quería compartir a mi hija con nadie. Tan solo le utilicé. Sé que no estuvo bien, sé que fui egoísta, pero qué otra cosa iba a hacer: no podía pagarme un banco de esperma, necesitaba un hombre que me dejase embarazada, lo encontré, hizo su función. Fin de la historia. Si él hubiese entendido cuál era su papel en esta obra, no habría acabado como acabó. Si no se hubiese puesto tan tozudo, yo no habría tomado cartas en el asunto. Pero hay que ver las cosas por el lado positivo: gracias a lo que hice me tuve que venir a Barcelona y conocí a David. Y gracias a lo que hice tengo una hija maravillosa que no se parece en nada a mí: es buena persona.

He venido a despedirme. Mayo de 2022, hasta aquí ha llegado mi aventura en Barcelona. Diez años, diez largos años... María ya duerme en su habitación, es tarde. Hoy no ha paseado al perro, quizás se ha peleado con su noviete. David lee en la cama, espera a que su mujer se acueste para apagar la luz. Ella está en el cuarto de baño, supongo que desmaquillándose. Esta noche la primavera empieza a oler a verano, quizás por eso Eva ha abierto de par en par la ventana del cuarto. Yo no lo hago, podría levantar sospechas si desde fuera se viese la cocina abierta. No volveré a esta casa, jamás. Paul tiene razón. Este ritual insano lo único que hace es anclarme al pasado. Regresaré a Nueva York. Debería haberlo hecho hace tiempo. Intentaba convencerme de que seguía en Barcelona porque me daba miedo volver a mi país como una fracasada, pero no: me he quedado para mantener el vínculo con David. Por eso vengo aquí cada noche, pero se acabó. Debo afrontar mis fantasmas, no dejar que me devoren por dentro.

Ella sale del cuarto de baño con un picardías muy sexy que ya le conozco de otras ocasiones. Encaje blanco. A David le gustan esas cosas, yo tenía uno parecido. Imaginarme ahora con él puesto me resulta grotesco: con mi tamaño actual tendría que sustituirlo por una carpa de circo. Eva se lo pone cuando quiere celebrar algo con su marido, pero él no la ha visto salir, sigue absorto en la lectura. Ella sube a la cama y gatea sinuosa. Le quita el libro de entre las manos para darle besitos traviesos. En cuanto David advierte que está juguetona, la toma por la cintura, le da la vuelta y se encabalga sobre ella. Es de esos hombres que nunca dicen no cuando lo que ven les gusta. Echo tanto de menos tenerlo así, encima de mí, deseándome. Sentir cómo sus potentes abdominales se contraen para rozarme con fuerza, queriendo entrar..., y postergarle el placer, hacerle

sufrir un poquito para que a los dos nos dé más gusto. Menos mal que no voy a regresar aquí jamás. Menos mal que en Nueva York nada me resonará a él. Si sigo viniendo a esta casa, los recuerdos acabaran conmigo.

Él le lame los pezones. Siento cómo se erizan los míos. A mí eso antes me daba grima, hasta que conocí a David: sabe utilizar la lengua, y no solo en los tribunales ejerciendo de abogado. Recuerdo cómo le molestaba que yo no tuviese mi orgasmo cuando lo tenía él. Por eso, en cuanto empezaba a escuchar esos gruñiditos que le salían de tan dentro, me concentraba mucho y casi siempre llegábamos juntos. Eso es lo maravilloso de tener un hombre al que quieres de corazón: conoces cuándo llega su placer, y puedes provocar el tuyo. Jamás, ni una sola vez, David me hizo el amor y yo no ascendí al séptimo cielo. Solo he estado con él, pero no necesito más experiencia para saber que un hombre se maneja bien en la cama cuando te saca un partido que tú ni sabías que llevabas dentro.

Después de provocarle, Eva se ríe ante las urgencias de su esposo. Con ambas manos sobre el pecho le refrena, se lo quita de encima susurrándole al oído. Alarga el cuerpo hasta el primer cajón de su mesilla de noche, saca algo y se lo da. Parece una especie de termómetro. Desde aquí no lo distingo bien, pero la reacción en David es automática: abraza a su mujer, ríe, la besa. Ahora no le mueve un deseo sexual. Es tan solo alegría. Deja esa especie de termómetro sobre la mesilla y le levanta el picardías a Eva. Otras veces esto conduce a que le practique sexo oral. Confieso que a veces me he masturbado contemplando cómo él se lo hace. Pero en esta ocasión es diferente: le besa el estómago, se lo acaricia. De un modo paternal. Y lo entiendo todo. Eva acaba de anunciarle que está embarazada.

«No, por favor, no...»

Se me desmoronan todas las convicciones, tan endeblés. Irme de Barcelona, empezar una nueva vida, escapar de esta negrura. Nada tiene ya sentido. El dolor lo abarca todo. Algo más fuerte que yo está invadiendo mi yo. Esto es el fin: con un hijo suyo, David jamás dejará a Eva.

«No, por favor...»

Bebo vino en silencio, desde la oscuridad de mi pozo, contemplando cómo fornican. Llegan juntos al orgasmo, aunque quizás ella lo ha fingido para complacerle. Creo que es esa clase de mujer.

*

Cuando me acabo la botella de vino, la casa duerme ya a oscuras. A mí todo me da vueltas, el zumbido en mi cabeza es horrible, me cuesta distinguir entre la realidad y lo que mi mente construye como realidad. Ojalá perdiese ya el sentido, porque aún sé lo que siento, y es horrible. Absoluta desolación, en estado puro, destilada y purificada hasta llenar mi cuerpo por entero. Esto es lo que me aguarda hasta el final de mis días ahora que conozco la única verdad que importa: David va a ser padre, sin mí. Nunca volverá conmigo.

—Esto tiene que acabar..., no puedo más...

Me desplomo sobre la encimera. Veo mi rostro carnoso reflejado en el ventanal de la cocina, entre sombras. Pero al otro lado del cristal, en la casa de esa familia feliz que tanto envidio, que tanto odio, hay movimiento: María ha salido de su cuarto, iluminándose tan solo con la pantalla del móvil. Desciende con sigilo por las escaleras a la planta baja. La pierdo de vista, hasta que reaparece en el jardín. Lleva al dálmata cogido por el collar, sin correa. Le abre la cancela y lo deja salir a la calle. El perro, al verse libre,

arranca a correr en dirección al pasaje de la Font del Lleó, donde todas las noches lo lleva su ama.

—¿Qué... qué demonios está haciendo esa cría?

Va a estallarme la cabeza. El dolor es horrible. Veo cómo María vuelve a subir al cuarto. Baja otra vez cinco minutos más tarde, ya no lleva el pijama, viste un chándal. Sostiene en una mano el móvil con el que se ilumina, en la otra un papel que deja sobre la mesa de la cocina. Sale al jardín y, ya en la calle, se pierde en la oscuridad camino del callejón. A su perro no se le ve por ninguna parte.

—Que le jodan a la niñata..., a ella y a su madre.

Caigo al suelo de la cocina, las piernas no me sostienen. Esa debilidad suele anteceder a las ausencias. Llamaré a David. Tengo una excusa, su hijastra se ha ido de casa a las dos de la madrugada, tras soltar al perro. Algo sin sentido. Qué palabra tan horrible, *hijastra*, suena a maldad..., aunque a lo mejor la mala soy yo: esa niña no me ha hecho nada. Pero su madre sí. Hablaré con David, será lo mejor, lo solucionaremos todo, le diré que vuelva conmigo. Que aún le quiero y le perdono. Sí, eso haré.

Saco el móvil. El chico inAmorAti está ahí.

Sin saber muy bien lo que hago, le doy al *match*. O quizás sí sé lo que hago: una parte de mí, pequeñita y agazapada, intenta salvarme la vida. Intenta que no llame por teléfono al hombre que me domina, que no llame al hombre que me impide escapar del lado oscuro. He de salvarme. Tengo que cruzar al otro lado del espejo. Sea como sea, he de hacerlo.

«Hola, ¿qué tal?»

La respuesta del chico inAmorAti ha sido instantánea. Es obvio que llevaba tiempo esperando que le hiciese caso. Me doy pena: ¿en serio pretendo sustituir a David

por un desconocido que no se atreve siquiera a poner una fotografía suya en el perfil de la aplicación?

«¿No dices nada?»

Nerviosa, sin saber qué hacer ante su insistencia, me maldigo por haberle dado al *match* permitiéndole así escribirme.

«Hace tiempo que me apetecía hablar contigo. Me alegra que te hayas decidido por fin.»

Siento que mi cabeza va a colapsar de un momento a otro. Este tipo me trae sin cuidado, a mí solo me importa que ahí enfrente, al otro lado de la calle, hay una mujer embarazada que me ha destrozado la vida. Para siempre.

«Sé que estás ahí.»

Odio a esa zorra. Quiero hacerle el mismo daño que ella me ha hecho a mí.

«¿Tú también vives en Pedralbes?»

No me atrevo a responder. En lugar de escribirle, a trompicones, reduzco el radio de la aplicación. De quinientos metros a doscientos. Él chico inAmorAti sigue apareciendo como disponible.

«Me apetece conocerte. En persona.»

De doscientos a cien metros. Sigue dentro. Siento taquicardias, muy fuertes.

«Creo que nos llevaremos bien.»

De cien metros a cincuenta. ¡¿Cómo... cómo es posible?! Aún está en el radio del geolocalizador de la aplicación.

«Soy una persona agradable, no tienes nada que temer.»

De cincuenta al mínimo, veinte metros. Esto no puede estar pasando: sigue dentro.

«¿No sientes curiosidad por saber quién soy?»

El corazón va a reventarme. De dolor y de pánico: ese hombre está en esta casa.

¡Ahora!

«Creo que te gustaré.»

Miro a mi alrededor, aterrorizada, buscando entre las tinieblas de la cocina. No hay nadie. Aún. Y pierdo el conocimiento.